

+ Sucre Militar

Proclama a los habitantes del Departamento de Quito



UITEÑOS! Al ajustar el Armisticio de Noviembre, pensamos un momento que la razón obtuviese por sí algún triunfo de los españoles, sin que la muerte arrancara de sus manos el único pueblo que aún oprimen en Colombia. Pero, preparativos hostiles, vejámenes y violencias sucedieron a sus promesas liberales, juzgando que el establecimiento de ese código simulado de ignominia para los americanos, de inmoralidad y de horror, lisonjeara vuestros deseos y favoreciese sus maquinaciones. La transgresión de aquel tratado, la dignidad de la República y los gritos de vuestros pueblos nos llaman a las armas. Volamos ansiosos a satisfacer vuestros votos y cumplir nuestros deberes.

¡Quiteños! El Dios de los destinos y de la justicia, ultrajado en sus altares, en sus Ministros y en sus más sagrados institutos nos envía a vengar la religión ofendida. La profanación del santuario y la desolación de ese bello país han irritado al cielo que, identificando su causa con la causa de la libertad, manda en defensa de sus derechos la espada de Bolívar y los bravos de Carabobo.

¡Quiteños! No es sólo la independencia de vuestra Patria el objeto del Ejército Libertador: es ya la conservación de vuestras propiedades, de vuestras vidas, la fe de nuestros padres, el honor de la Nación que lo conducen a la victoria. Los sacrílegos y los tiranos expiarán sus crímenes y el humo de nuestra sangre será el sacrificio que os presentemos por vuestra dicha.

Cuartel General en Guayaquil, a 20 de Enero de 1828.

A. J. de Sucre.

En el campo de Ayacucho

¡Compatriotas Llaneros! Estoy viendo las lanzas del Diamante de Apure, las de Macuritas, Queseras del Medio y Calabozo, las del Pantano de Vargas y Boyacá, las de Carabobo, las de Ibarra o Junín. ¿Qué podré temer? ¿Quién supo nunca resistirles! Desde Junín ya sabéis que allí no hay jinetes, que allí no hay hombres para vosotros, sino unos mil o dos mil soberbios caballos con que pronto remudaréis los vuestros. Sonó la hora de ir a tomarlos. Obedientes a vuestros Jefes, caed sobre esas columnas y deshacedlas como centellas del cielo. Lanza al que ose afrontaros. ¡Corazón de amigos y hermanos para los rendidos! ¡Viva el llanero invencible! ¡Viva la libertad!

Heroico Bogotá

Vuestro nombre tiene que llevaros siempre a la cabeza de la redentora Colombia; el Perú no ignora que Nariño y Ricaurte son soldados vuestros; hoy, no sólo el Perú, sino toda la América, os contempla y espera milagros de vosotros. Esas son las bayonetas de los irresistibles Cazadores de vanguardia de la epopeya clásica de Boyacá. Esa es la bandera de Bomboná, la que el español recogió de entre centenares de cadáveres para devolvéroslo asombrado de vuestro heroísmo. La tiranía (señalando el campo español) no tiene derecho a estar más alta que vosotros. Pronto ocuparéis su puesto al grito de ¡Viva Bogotá! ¡Viva la América redimida!

¡Voltígeros! Harto sabe el Perú que nadie aborrece tanto como vosotros el despotismo, y que nadie tiene tanto que cobrarle. No contento con hacernos esclavos a todos, quiso hacer de vosotros nuestros verdugos, los verdugos de la Patria y de la libertad. Pero él mismo honró vuestro valor con el nombre de Numancia, el más heroico que España ha conocido, porque quizá no encontró penínsulas que pudieran honrarlo más que vosotros. He aquí el día de vuestra noble venganza. ¡Cinco años de sonrojo, cinco años de ira, estallarán hoy contra ellos en vuestros corazones y en vuestros fusiles! ¡Sucumba el despotismo! ¡Viva la Libertad!

Ilustre Pichincha. ¡Esta tarde podréis llamaros Ayacucho! Quito os debe su libertad y vuestro General su gloria. Los tiranos del Perú no creen nada de cuanto hicimos, y están riéndose de nosotros. Pronto los haremos creer, echándoles encima el peso del Pichincha, del Chimborazo, del Cotopaxi, de toda esa Cordillera, testigo de vuestro valor y ardiente enemiga de la tiranía, que hoy por última vez (señalando el campo español) os han profanado con sus plantas. ¡Viva la América libre!

¡Caracas! Guirnaldas de reliquias beneméritas que recordáis tantas victorias cuantas cicatrices adornan el pecho de vuestros veteranos! Ayer asombrásteis al remoto Atlántico en Maracaibo y Coro; hoy los Andes del Perú se humillarán a vuestra intrepidez. Vuestro nombre os manda a todos ser héroes. Es el de la Patria del Libertador, el de la ciudad sagrada que marcha con él al frente de la América. ¡Viva el Libertador! ¡Viva la cuna de la Libertad!

¡División Peruana! El Gran Simón Bolívar me ha prestado su rayo inevitable, y la Santa Libertad me asegura desde el cielo que los que hemos destrozado solos al común enemigo, acompañados de vosotros es imposible que nos dejemos arrancar un laurel. El número de sus hombres nada importa; somos infinitamente más que ellos, porque cada uno de nosotros representa aquí a Dios Omnipotente con su justicia y a la América entera con la fuerza de su derecho y de su indignación. Aquí lo hemos traído, peruanos y colombianos, a sepultarlo juntos para siempre. Este campo es un sepulcro, y sobre él nos abrazaremos hoy mismo anunciándolo al Universo. ¡Viva el Perú libre! ¡Viva toda la América redimida!

¡Rifles! ¡Nadie más afortunado que vosotros! Donde vosotros estáis, ya está presente la victoria. Acudísteis a Boyacá y quedó libre la Nueva Granada; concurrísteis a Carabobo, y Venezuela quedó libre también; firmes en Corpahuaico, fuísteis vosotros solos el escudo de diamante de todo el Ejército Libertador; y todavía no satisfecha vuestra ambición de gloria, estáis en Ayacucho, y pronto me ayudaréis a gritar: ¡Viva el Perú libre! ¡Viva la América independiente!

¡Bravos del Vargas! Vuestro nombre significa disciplina y heroísmo, y del Cauca a Corpahuaico hartas veces habéis probado que lo merecéis. No tuve la dicha de admiraros en Bomboná, pero aquí están el Perú, y la América entera, para aplaudiros en el

mayor de los triunfos. ¡Acordaos de Colombia!
¡Acordaos del Libertador! y dádme una nueva palma
que ofrecerles a ambos en la punta de vuestras
bayonetas. ¡Viva Colombia! ¡Viva el Libertador!

¡Vencedores! Desde las orillas del Apure hasta
las del Apurímac habéis marchado siempre en triunfo.
El brillo de vuestras bayonetas ha conducido la
libertad a todas partes, y el ángel de la victoria está
tejiendo en este instante las coronas de laurel con
que serán ceñidas vuestras sienes en este día de gloria
para la Patria. ¡Viva la Libertad!

A. J. de Sucre.

**El General Sucre proclama al Ejército Unido,
vencedor en Ayacucho el 10 de Diciembre de 1824**

¡Soldados! Sobre el campo de Ayacucho habéis
completado la empresa más digna de vosotros. Seis
mil bravos del Ejército Libertador han sellado con su
constancia y con su sangre la Independencia del Perú
y la paz de América. Los diez mil soldados españoles
que vencieron catorce años en esta República, están
ya humillados a vuestros pies.

¡Peruanos! ¡Sois los escogidos de vuestra Patria!
Vuestros hijos y las más remotas generaciones del
Perú, recordarán vuestros nombres con gratitud y
orgullo.

¡Colombianos! Del Orinoco al Desaguadero habéis
marchado en triunfo; dos naciones os deben su
existencia; vuestras armas las han destinado a la
victoria, para garantir la Libertad del Nuevo
Mundo.

Cuartel General en Ayacucho, a 10 de Diciembre de 1824.

A. J. de Sucre.

**Proclama a los habitantes
del Cuzco, 20 días después del triunfo en Ayacucho**

¡Cuzqueños! El Libertador de Colombia os envía la paz y la rendición. Del otro lado del Ecuador, él oyó los gemidos del pueblo querido de los Incas y vino a salvaros de la esclavitud; vuestros hermanos os presentan a su nombre los dones de la independencia nacional.

¡Cuzqueños! Al pisar vuestra Patria he tenido las emociones más sensibles: he visto cumplidos vuestros deseos y satisfechos los votos del Ejército Unido. En los campos sagrados de Junín y Ayacucho quedaron rotas para siempre las cadenas que os ataban a un poder extraño: dejásteis eternamente de ser españoles, sois ya peruanos, sois libres. En adelante, los destinos de la República dependerán de vuestras virtudes y patriotismo.

¡Cuzqueños! El Ejército Libertador que desde tierras lejanas viene combatiendo por traeros la libertad, os pide por recompensa vuestra amistad y unión. La dicha del Perú son los bienes que anhela; y volver a su país llevando los trofeos, dulces recuerdos y las bendiciones de los remotos descendientes del Sol.

Cuartel General en el Cuzco, a 29 de Diciembre de 1824.

A. J. de Sucre.

**El General Sucre se dirige a los pueblos
del Alto Perú, después de la victoria de Ayacucho,
anunciándoles el triunfo de la libertad en el Perú**

¡Peruanos! El Ejército Libertador, marchando en triunfo de Ayacucho al Potosí, ha dado vida y existencia a vuestra Patria. Diez mil tiranos vencidos

en el campo de batalla, ocho mil soldados del despotismo rendidos en las guarniciones y un territorio de más de trescientas leguas redimido del poder español, son los triunfos que el Ejército Unido, presenta a los Pueblos del Alto Perú.

¡Peruanos! El Ejército Libertador os entrega vuestra Patria sin un enemigo exterior ni doméstico. Sabed conservarla como la tierra sagrada que dió las primeras lecciones de un patriotismo heroico al Nuevo Mundo.

¡Peruanos! El Libertador Bolívar va a entrar a vuestro territorio, visitando los Departamentos de que él ha hecho una bella conquista para la Libertad. Los sentimientos de gratitud que habéis mostrado al ejército, convertídeos todos hacia el Genio enviado por la Providencia para salvar el Perú, y para formar de la América el asilo de la justicia y de la razón.

Cuartel General en Potosí, a 29 de Marzo de 1825.

A. J. de Sucre.

El General Sucre se dirige al Batallón Pichincha, con motivo del tumulto del 25 de Diciembre de 1827 y le ofrece que pronto regresará a Colombia

¡Soldados! Os hallábais al otro lado del Desaguadero, cuando algunos turbulentos de la tercera división relajaron la disciplina, y pretendieron también mancillar vuestro nombre. Rechazásteis con rabia las invitaciones de los ingratos, y levantando un estandarte de muerte, buscásteis a vuestro antiguo General, le pedísteis venganza. Vuestra lealtad acaba de pasar por una nueva y fuerte prueba: viejos camaradas, olvidando ser colombianos, rompieron sus deberes en Bolivia el 25 de Diciembre. Al saberlo,

enarbolásteis contra ellos mismos el estandarte, marchando rápidamente de vuestros cantones a castigar a los perversos. No conociendo vosotros sino la gloria o la muerte, ¿cuál colombiano no se exalta con rasgos de tan eminente patriotismo?

¡Colombianos! Mucho tiempo hace que dejé de mandaros . . . pero si hay osados que os provoquen a la guerra, volveré a vuestras filas y encontraremos la victoria. Y si la fortuna que constantemente me ha seguido, quisiere alguna vez abandonarme, llenaremos siempre nuestros deberes, para que también se diga de vosotros: "Pichincha muere, pero no se rinde".

¡Soldados! Con vosotros que empecé mi carrera en Pichincha, quiero acabarla. Pronto regresaremos a nuestra Patria; y desde el seno de nuestras familias, y colocados sobre el Ecuador, contemplaréis con orgullo el millar de leguas que de Pichincha a Potosí hemos juntos corrido el triunfo, y los tres millones de americanos que habéis libertado.

Paz de Ayacucho, 6 de Enero de 1828.

A. J. de Sucre.

El Gran Mariscal de Ayacucho

se dirige a las tropas colombianas auxiliares con motivo de que el tumulto del 25 de Diciembre de 1827 en La Paz, fue castigado por los fieles a las banderas de la República

¡Colombianos! Alcanzaron por fin hasta vosotros los desastres del año 27; de ese año funesto en que algunos del Ejército Libertador han dado escándalos fatales para la América. En medio de estas desgracias habéis salvado en Bolivia el honor de la tierra de los héroes. La alta clase, constantemente colombiana, ha sostenido la reputación de sus banderas y a la cabeza

de soldados fieles, castigó de una manera ejemplar el tumulto de 25 de Diciembre. Voltígeros quedó borrado de la lista militar de Colombia y vuestra indignación lo arrojó al olvido: la tropa de ese batallón amotinado dejó de pertenecer a vuestra ilustre Patria, desde el momento en que no protegió el reposo y la libertad de los pueblos.

¡Soldados! Después que habéis destruído los facciosos y lavado con su sangre la mancha que quisieron echar a vuestra gloria, ésta queda intacta y sois los mismos del Ejército Libertador.

¡Granaderos y Húsares! Habéis vengado un ultraje: vuestras lanzas no han distinguido entre los enemigos de la Patria, el brillo de aquellas y vuestros fuertes brazos aseguran el triunfo de las leyes.

Paz de Ayacucho, 6 de Enero de 1828.

A. J. de Sucre.

**A los Cuerpos del Ejército
antes de la Batalla del Portete de Tarqui**

¡Soldados! El Gobierno me honró con la primera magistratura de los Departamentos Meridionales. Rehusé aceptarla, porque ningún peligro me estimulaba a salir de la vida privada que ha formado siempre mis ardientes votos. El ejército del Sur, mandado por un bizarro Capitán y por los más intrépidos de vuestros jefes, hacía inútiles mis servicios en aquel destino, pero entro a desempeñarlos cuando enemigos extranjeros ingratos a vuestros beneficios y a la libertad que os deben, han hollado las fronteras de la República.

¡Colombianos! Una paz honrosa o una victoria espléndida es necesaria a la dignidad nacional y al

reposo de los pueblos del Sur. La paz la hemos ofrecido al enemigo, la victoria está en vuestras lanzas y en vuestras bayonetas.

Un triunfo más aumentará muy poco la celebridad de vuestras hazañas, el lustre de vuestro nombre; pero, es preciso obtenerlo para no mancillar el brillo de nuestras armas.

¡Soldados! Boyacá, Pichincha, Carabobo, Junín, Pasto, Callao, La Ciénega, Vargas, Yaguachi, Cartagena, Maracaibo, Cúcuta, Calabozo, Vigirima, Niquitao, Taguanes, Macuritas, Yagual, San Félix, Maturín, Las Queseras, Araure, Margarita, San Mateo, Pitayó, Las Trincheras, Victoria, Palacé, El Juncal, Ayacucho . . . cien campos de batalla y tres Repúblicas redimidas por vuestro valor en una carrera de triunfos del Orinoco al Potosí, os recuerdan en este momento vuestros deberes con la Patria, con vuestras glorias y con Bolívar.

Cuenca, a 28 de Enero de 1829.

A. J. de Sucre.

Proclama después del Portete de Tarqui

¡Soldados! Una paz honrosa o una victoria espléndida era necesaria a la dignidad nacional y al reposo de los pueblos del Sur. Una victoria espléndida y los preliminares de una paz honrosa son los resultados de la campaña de treinta días concluída gloriosamente en Tarqui. Generosos como bravos, habéis marcado vuestro triunfo concediendo a los vencidos la amistad de hermanos.

¡Soldados! La Patria os debe vuestro servicio; sus armas nuevo esplendor; los pueblos del Sur os saludan como a sus salvadores; Colombia, como los

más celosos de su integridad; y Bolívar os proclamará como sus más fieles compatriotas.

¡Soldados! En la vida del reposo la República os pide aún algunos sacrificios para sanar las profundas heridas que le han causado las disenciones. En todas circunstancias, en cualesquiera peligros, colocaos en torno del gobierno y de las leyes; conservad el entusiasmo y disciplina que os distingue; y clavando sobre vuestras bayonetas el estandarte de la unión, aseguraréis los apreciables bienes que, a costa de padecimientos y de sangre, habéis procurado a la Nación, para conseguirle su independencia y libertad.

Cuartel General en el Portete de Tarqui, a 2 de Marzo de 1829.

A. J. de Sucre.



Los preliminares de Michincha

La Batalla de Tapi, 21 de Abril de 1822

Por C. de Gangotena y Jijón.



BANDONADA Cuenca por el Coronel Tolrá, bajo la presión del futuro Gran Mariscal de Ayacucho, fue ocupada el 21 de Febrero de 1822 por la División Libertadora. El General Antonio José de Sucre pudo contar en aquella plaza con un efectivo respetable para la campaña que iba a emprender sobre Quito.

La fuerza Republicana se componía entonces de los Escuadrones de Granaderos, de Dragones y de los batallones Albión, Paya, Yaguachi, Trujillo, Piura y Cazadores a Caballo, a los cuales se agregó alguna fuerza que, desde Guayaquil, condujera por Naranjal, el Coronel Illingworth.

Desde el día siguiente principió el General Sucre a molestar al enemigo en su retirada hacia el interior y al efecto despachó al Teniente Coronel Federico Rasch en persecución de las tropas de Tolrá, quien, según las instrucciones que del General Juan de la Cruz Mourgeón tenía, de no presentar combates sino con la certidumbre del éxito, iba cediendo el terreno, no sin ligeras escaramuzas.

Estas dieron por resultado la dispersión de uno de los cuerpos Realistas, el Constitución, del que parte se pasó a las filas Patriotas, circunstancia que desmoralizó grandemente al Ejército Real. El Coronel Tolrá, disgustado con el General Mourgeón, había renunciado el mando, en el que había sido reemp'azado por el traidor de Babahoyo, Coronel Nicolás López.

El Ejército Patriota, según las disposiciones de su General Sucre, avanzaba por secciones, yendo a la vanguardia el Coronel don Diego Ibarra, hasta llegar a las inmediaciones de Tapi.

Entre tanto el Coronel don Cayetano Cestari que había salido de Guayaquil con alguna fuerza de Caballería, por Babahoyo lograba, haciendo una guerra de guerrillas, llegar hasta las inmediaciones de Latacunga, molestando a las guarniciones realistas de aquellos pueblos. El documento que aquí inserto nos lo muestra, desafiando a las fuerzas de Latacunga, desde Angamarca a donde había llegado a últimos de Febrero:

“Angamarca, a 23 de Febrero de 1822.—Señor Don J. Muñoz, Comandante en Latacunga.—Muy Señor mío y de mi estimación. Han llegado a mis oídos las amenazas de muerte y de incendios fulminadas por su General contra los habitantes y pueblos de este cantón por motivos patrióticos. La deplorable situación de sus tropas y la preponderancia de las Armas Republicanas deberían persuadir a los partidarios de Fernando a valerse de una moderación que los haga

acreedores a las consideraciones que el vencido debe esperar del alma generosa del vencedor.

Los hombres deben ceder a la fuerza de las circunstancias. Toda oposición obstinada suele producir las más funestas consecuencias. Yo estímulo a Ud., a sus compañeros y subalternos a abrazar el partido de la razón y de la justicia. Mucha y mucha sangre se ha derramado en este infeliz Continente: trecientos años de abatimiento y opresión son muchos: es tiempo que los americanos sean libres y que esta inmensa familia se eleve a la grandeza que fue concedida a todas las naciones del globo.

Yo le convido a Ud. y a todos nuestros enemigos con Colombia. Mis brazos están abiertos para recibirlos como amigo y hermanos; y una reconciliación duradera es el bien más apreciable que pueden desear las almas sensibles.

Como enemigo ofrezco a Ud. mis servicios, y, como amigo, lo hago árbitro de mi corazón. Entre tanto soy su muy atento y S. S. Q. S. M. B.—Cayetano Cestari.

Dejamos, antes de transcribir el anterior documento, hasta ahora inédito, a la División Libertadora del Sur, en las inmediaciones de Riobamba. De cómo pasaron las cosas en la Batalla de Tapi, nos informará, mejor que cualquier relación, el Boletín del Ejército Libertador, que ahora por primera vez se publica entero y conforme al documento original. O'Leary no lo transcribe íntegro y a la versión que da en el Tomo 19 de sus documentos, le faltan ciertos detalles, que constan en el original que dice así:

Parte de la Batalla de Tapi

Boletín de la División del Sur.—Abril 21 de 1822—12

La División marchó en secciones de Cuenca hasta Alausí y algunos cuerpos hasta Tixán; el enemigo con todas sus fuerzas vino a este punto con el objeto de impedir la reunión. Los cuerpos que lo ocupaban se retiraron conforme a las órdenes que tenían, y el enemigo contramarchó a Riobamba. Reunida la División, marchó sobre él, y el 19 ocupó la altura de Puní; en su base una partida ocupaba la quebrada de Guaslán, (posición ventajosa), de la que fue desalojada con celeridad y bizarría por veinte y cinco Dragones a las órdenes del Señor Coronel Diego Ibarra. Mientras la partida desalojada huía, la División marchaba en columna cerrada sobre la llanura de Santa Cruz. En ella hizo alto a las márgenes de la quebrada que tiene el mismo nombre. La pendiente de la cima que ocupaba la nuestra era larga, la tarde estaba avanzada y no podía comprometerse una batalla, porque la noche habría burlado los frutos de la victoria. En aquella tarde algunos oficiales se comprometieron ligeramente con los españoles a ir a comer el día siguiente en su mesa en Riobamba. La División continuó su movimiento sobre el flanco izquierdo del pueblo. Los tiranos connaturalizados con el crimen, la perfidia y la cobardía, atacaron con dos escuadrones y un batallón al escuadrón de Dragones mientras los oficiales estaban a la mesa. Este se sostuvo bizarramente, y habiendo conseguido sus oficiales ocupar sus puestos, a pesar de la superioridad de las fuerzas que los cargaban, volvieron repetidas veces caras y contuvieron hasta por tercera vez el ímpetu del enemigo echando pie a tierra, con lanza en mano. Al fin se consiguió arrojarlos sobre su infantería, perdiendo tres muertos y un oficial herido; por nuestra parte lamentamos la pérdida de cinco soldados

mueritos. El Teniente Coronel Graduado Federico Rax (Rasch), el Comandante Ximénez, y los Capitanes Allende y Morán han hecho brillar su serenidad y valor en este día. El enemigo por su natural impericia, dejó indefenso el paso de Pantús en el río de San Luis. Los cazadores del batallón N^o 2, al mando de su Capitán don Pedro Izquierdo, ganaron la altura que lo domina con audacia y severidad. Sobre ella se formó la línea de batalla y el enemigo excusó combatir. El Señor Coronel Diego Ibarra con diez granaderos a caballo marchó a examinarlo de cerca y descubierta una parte de su línea, continuó la División sobre ella el movimiento de flanco, y habiéndose presentado toda su caballería, el mismo señor Ibarra marchó con los escuadrones de Granaderos y Dragones a reconocerlo muy de cerca. Entre tanto la infantería formó nueva línea de batalla. Aquel había contramarchado al pueblo. El expresado señor Coronel lo tiroteaba dentro de él con cuatro granaderos a caballo. El valiente Teniente Olmos lo reforzó con diez y seis, mientras que por las inmediaciones de la Villa marchaban los Granaderos y Dragones. Inmediatamente que entró el refuerzo al pueblo, lo desocupó el enemigo. Los Escuadrones, compuestos entonces, los Granaderos de noventa y seis plazas y los Dragones de cuarenta, hicieron alto y la partida que los tiroteaba los persiguió hasta la llanura en donde, reunida toda la caballería constante de cuatro Escuadrones, cargó sobre la partida un Escuadrón apoyado de otro, ésta marchó en retirada hasta reunirse al Escuadrón de Granaderos a caballo que marchaba en la misma dirección. Este bizarro Cuerpo reunido a la partida que del mismo obraba en el pueblo cargó sobre toda la caballería enemiga con tanta audacia, con tanto orden y con tanto denuedo, que apenas hay ejemplo. El bravo Comandante Lavalle ha sido en este día el modelo del valor y de la impavidez: jamás se vió un

Jefe más sereno ni un soldado más valiente. Los Mayores Ruiz y Supervi se han comportado heroicamente. El primero se ha señalado con singularidad. El Teniente Olmos manifestó su serenidad y bravura. El enemigo ha perdido en este encuentro doce muertos; huyó precipitadamente y casi en dispersión hasta apoyarse en su Infantería. Entre tanto los Dragones se reunieron a los Granaderos, y fingiendo retirarse, volvieron caras para separarlos de su Infantería. El enemigo fue engañado y cargando nuevamente sobre ellos volvieron segunda vez caras, acometiendo en medio del orden y la serenidad, con toda la bravura que inspira la venganza y deseo de gloria. Los Granaderos han hecho en este día su nombre inmortal y los Dragones han dado un nuevo timbre a sus antiguas glorias. Los tiranos han perdido en este segundo encuentro cuarenta muertos, entre ellos dos Capitanes y un Alférez; por nuestra parte lloramos la pérdida del Granadero Timoteo Aguilera a quien su caballo precipitó a la muerte que recibió dándola, y la del Sargento Primero de Dragones Vicente Franco que sólo en medio de los escuadrones enemigos lanzaba el terror y la muerte. Una fuerte lluvia impidió dar en este día la batalla como se deseaba. El enemigo se retiró precipitadamente: un Cuerpo de Cazadores a caballo lo persigue. En el campo han quedado cincuenta y dos cadáveres, multitud de lanzas, caballos y carabinas y los opresores llevan más de cincuenta heridos. El terror los sigue y la gloria acompaña a nuestros guerreros.

Cuartel General en Riobamba, 21 de Abril de 1822-12.

El Coronel Jefe.—(f.)A. Morales.

El General Sucre informaba de esta batalla al Comandante General de la Plaza de Guayaquil, en estos términos el 23 de Abril:

Señor General:

Tengo la satisfacción de participar a U. S. que anteayer hemos ocupado esta Villa, después de una pequeña victoria que es muy notable en sus particularidades.

Los cuerpos se movieron de Cuenca parcialmente, como dije a U. S. El enemigo pudo saberlo y trató de impedir su reunión, marchando contra el Coronel Ibarra, situado en Guamote con una parte de ellos. Este Jefe se retiró a Alausí en cumplimiento de mis órdenes, y el enemigo llegó a Tixán el 14 por la noche. El mismo 14 me reuní a la División. El 15 nos dispusimos a una batalla que supusimos como término del movimiento de los españoles; pero ellos contramarcharon este día, sabiendo que los cuerpos estaban reunidos. La División nos siguió de cerca; nuestras descubiertas picaron diferentes veces su retaguardia, pero nunca pudimos forzarlos a un choque. El 19 nos presentamos frente de esta Villa, pensando celebrar el aniversario de la revolución de Venezuela con una fiesta militar: el enemigo marchó a recibirnos sobre las colinas de Santa Cruz, en el paso de la quebrada de San Luis, cuya posición es de muy difícil acceso. Siendo ya tarde, apenas permitió el resto del día reconocer el terreno; y el 20, teniendo noticia que nuestra artillería estaba cerca, determiné esperarla, dando entre tanto descanso a la tropa.

Como el Escuadrón de Dragones había expulsado al enemigo el día anterior, de sus posiciones de Guaslán, (cerca de San Luis) lo destiné a distraer las fuerzas españolas, mientras la División se dirigía desde el Pueblo de Puní a pasar la quebrada sobre la izquierda del enemigo, y como algunos embarazos impidieron realizarlos en esta tarde, los españoles, por una de sus perfidias comunes, pensaron obtener una ventaja sobre nuestros Dragones. Sus jefes invitaron a varios oficiales del Escuadrón a comer con ellos en

esta Villa, y teniendo algunos la imprudencia de aceptar su convite, juzgaron los demás que este acto los ponía en una especie de armisticio. Los enemigos tan pérfidos, como cobardes, aprovecharon la sinceridad, y destacaron un batallón que se situase a la espalda de nuestros Dragones, mientras dos escuadrones atacaron de frente repentinamente. Por fortuna los Dragones se hallaban vigilantes y pudieron retirarse por un flanco, resistiendo pie a tierra, por el mal estado de sus caballos, tres cargas de los escuadrones enemigos, en que por último fueron vergonzosamente rechazados. Perdimos tres valientes soldados y los españoles dos.

El 21 a las diez de la mañana se puso la División en movimiento. El jefe enemigo, contraído exclusivamente a sus posiciones de Santa Cruz, tuvo la impericia de dejar descubierto el único paso que permite la quebrada por Pantús, donde 200 infantes habrían impedido la marcha de un ejército, pero la División pasó tranquilamente, y situados a esta parte, presentamos la batalla. El enemigo la excusó, abandonando sus posiciones. Continuó nuestra marcha, buscando siempre la izquierda de esta Villa para situarnos a su espalda; y encontrando toda la caballería enemiga a la falda de una colina, presentamos nuevamente el combate, que también fue excusado a favor de una lluvia que empezó entonces. Queriendo provocar a los españoles a una batalla, mandé que el Coronel Ibarra con el escuadrón de Granaderos y el de Dragones hicieran un reconocimiento de las fuerzas enemigas, y comprometiesen sus cuatro escuadrones; pero la infantería había desocupado ya la Villa, y la caballería protegía su retirada. A poca distancia de la población, el bravo escuadrón de Granaderos que se había adelantado, se halló solo imprevistamente al frente de toda la caballería española, y tuvo la elegante osadía de cargarlos y dispersarlos con una intrepidez de que

habrá raros ejemplos. Los cuatro escuadrones españoles protegidos de su infantería, pudieron volver cara contra nuestros granaderos; pero apoyados ya éstos de los Dragones, hicieron una segunda carga más brillante, si puede decirse, que la primera, en que al frente de toda la División enemiga, fue derrotada completamente su caballería, dejando sobre el campo 58 muertos, incluso tres oficiales, multitud de armas, caballos, etc., llevando más de cuarenta heridos, según las últimas noticias. Nosotros sufrimos la dolorosa pérdida de dos valientes: el Sargento de Dragones Vicente Franco, y el Granadero Timoteo Aguilera.

El Coronel Ibarra llenó su deber completamente; el Comandante Lavayen ha conducido su cuerpo al combate con un valor heroico, con una serenidad admirable; sus oficiales, el Mayor Ruiz, que acompaña al Comandante, Capitán Supervi, y Tenientes Latus y Olmos, se han distinguido particularmente. Los oficiales de Dragones y su cuerpo han vengado la injuria hecha por los españoles a su buena fe en el día anterior.

El enemigo continuó su retirada a favor de la noche; nuestros cuerpos que habían dormido hacia adelante, volvieron el 22 a ocupar la Villa y reposarse un poco de las inmensas fatigas que han sufrido en la campaña, por la terrible y lluviosa estación; mientras un Escuadrón de Cazadores ha continuado la persecución del enemigo, que precipitadamente en su marcha sin moral, va cada día en disolución.

Nuestras operaciones continuarán dentro de tres días, y muy en breve la victoria presentará sus laureles a los Libertadores de Quito.

Dios guarde a V. S., muchos años.—Cuartel General en Riobamba, a 23 de Abril de 1822-12.

A. J. de Sucre.

Ocupada Riobamba el 22 de Abril, Sucre, después de haber despachado al Coronel Hermógenes Maza, de terrible fama, a castigar a los empecinados realistas guarandeños, siguió su marcha hacia Quito, sin encontrar resistencia y ocupó a Latacunga el día 2 de Mayo de 1822. Los realistas estaban entonces atrincherados en Machachi para asegurar el difícil paso de Jalupana, providencia que supo burlar el General Sucre, viniendo a acampar en Chillo el 17, habiendo pasado con grande esfuerzo hacia el Este por las faldas del Cotopaxi y del Sincholagua.





El Rollo o la Picota se destaca al fondo
del patio del Museo Municipal de Arte e Historia

El General Sucre en marcha



UCHOS historiadores y cronistas y algunos militares han manifestado por la prensa que el objeto militar que perseguía Sucre, no era de presentar batalla decisiva a las fuerzas de Aymerich, que defendían la Ciudad de Quito; sino el de pasarse a unir a Bolívar que se hallaba en la vía Juanambú-Pasto. Este es un error que nosotros vamos a refutar con documentos históricos, y con deducciones en vista de las operaciones mismas, efectuadas por el General Sucre.

En las instrucciones escritas, con que fue mandado Sucre a Guayaquil, Bolívar le dice en la novena:

“Procurará que la provincia libre de Guayaquil se incorpore a Colombia. El General Sucre tomará el mando en Jefe de todas las tropas que haya en ella, y con las que lleva, abrirá con dichas tropas operaciones activas sobre Quito, reforzándolas o

aumentándolas cuando juzgue conveniente o necesario para seguridad del suceso de la campaña. El General Sucre en este caso, está autorizado ampliamente para levantar, formar y organizar cuerpos de tropa, para dirigir sus operaciones conforme a las circunstancias, arreglar y organizar el país que vaya libertando, conforme a las instituciones de la República y procurando también conformarse a lo que vea u observe en las provincias ya libres de aquel Departamento; y a la opinión general”.

El Libertador, en comunicación fechada en La Plata, en 22 de Diciembre, le dice al General Sucre:

“Si es cierto que U. S. y el General Tolrá han convenido en el Tratado de Babahoyo de 20 de Noviembre, lo desapruedo y U. S. no debe observarlo ni cumplirlo, pues no es obligatorio ningún Tratado sin la ratificación del Gobierno. Además, este Tratado es perjudicial a la situación actual, paralizando las fuerzas del mando de U. S. que deben cooperar a la libertad de Quito. Así, le repito a U. S. mi orden de Noviembre, fechada en Bogotá, cuyo duplicado incluyo ahora; previniéndole el exacto cumplimiento, y añadiéndole a U. S. que está autorizado para obrar sobre Quito por la dirección que crea conveniente”.

Habiendo el Libertador resuelto marchar personalmente para operar sobre Pasto, el 20 de Octubre, escribió, desde Tunja, al Coronel Morales y al General Sucre, que se encontraban en Guayaquil, lo siguiente:

“Como uno de mis proyectos, por ahora, y el primero que ha de ejecutarse, es reforzar la División de Guayaquil de una manera que no pueda menos que triunfar por sí sola, si es necesario; por lo mismo, es de toda importancia que vengán inmediatamente a San Buenaventura cuantos buques puedan reunirse en el Puerto de Guayaquil, para que se vayan transportando las tropas sin demora”.

A Sucre le decía:

“Yo no me detendré en Bogotá más tiempo que el necesario para dar mis últimas disposiciones. La División de U. S. estará pronta a obrar, si es que por el mal suceso de que hablé antes, no lo está ahora. U. S. procurará rehacer sus pérdidas en cuanto le sea posible; y con esto y la incorporación de las tropas colombianas, no dudo que tendrá la dicha de libertar a Quito, como tengo un vehemente deseo y una gran esperanza. Dejo a U. S. expedito y autorizado para moverse por Santa Rosa o por la dirección que U. S. juzgue más conveniente, en la inteligencia de que la operación de U. S. debe reducirse sobre Quito con sus fuerzas. Esta operación de que encargo a U. S. tiene por objeto impedir que el enemigo cargue todas sus fuerzas por la dirección de Pasto, viéndose invadido por U. S.; mas si así lo hiciere, U. S. estará en disposición de ocupar la Capital”.

Los documentos históricos hasta aquí expuestos, constituyen la prueba más evidente de que las instrucciones, órdenes y disposiciones que había recibido Sucre del Libertador, desde que fue notificado en Popayán para que verificara su viaje a Guayaquil, hasta la segunda campaña sobre Quito, van encaminadas a un solo objetivo: la destrucción del ejército realista que ocupaba Quito, y la incorporación a Colombia de la provincia libre de Guayaquil y de todas las demás de la Presidencia de Quito, que se vayan libertando. Luego Sucre tenía que cumplir con el cometido que le había confiado el Libertador, obrando de acuerdo con las circunstancias, pero sin salirse del objetivo primordial que se le había señalado.

Sigamos el relato histórico, desde que Sucre salió de Guayaquil para su segunda campaña sobre Quito, hasta cuando se libró la Batalla de Pichincha.

El Capitán Eusebio Borrero, que fue nombrado Edecán - Secretario del General Sucre, en carta fechada en Guayaquil, el 23 de Enero de 1822, y dirigida al General Santander, le dice:

“Por las comunicaciones oficiales del señor General Sucre, de quien tengo la honra de ser Secretario, se impondrá del estado político-militar de este país. Dentro de dos días marchamos a abrir la campaña que creo será la última en el territorio de la República y nuestra dirección irá hacia Cuenca, donde contamos reunirnos con una fuerza respetable que viene de Piura, y que el señor General San Martín ha puesto a disposición de mi General. Mientras yo tengo el gusto de contribuir a la libertad del Departamento de Quito, tú, encargado del vasto y difícil gobierno de toda la República, añadirás nuevos triunfos políticos a los que tienes adquiridos.—(f.) Eusebio Borrero”.

Carta de Córdova a Santander:

Copiamos algunos párrafos de esta carta en la que dice:

“Quito, Junio 20 de 1822.—Cuando me reuní en Tacunga, ya teníamos la negra noticia de que al Libertador le habían dado un buen golpe en Cariaco, y en consecuencia, parte de las tropas de Pasto debían reforzar a las que teníamos al frente; en esta virtud nosotros no perdimos tiempo y marchamos sobre el enemigo, haciendo un movimiento igual al de “Paipa”, pero no sacamos el fruto que allá por algunos atrasos, y el enemigo tuvo tiempo de entrar en la Ciudad, por supuesto, llenándose de temor, pues por lo que potest-contingere, el enemigo estaba situado en las puertas de la Ciudad en buenas posesiones, y nosotros, a su frente, indeciso el General por tres días, por fin determinó pasar al Ejido del Norte, pues allí hay más

fáciles entradas, se les cortaba la comunicación con Pasto y se les reducía a un sitio, pues era la única parte por donde conseguían víveres, pero por fortuna pasando por el Pichincha nos atacaron, etc., (f.) . . . así . . . y sin así . . . José María Córdova”.

Esta carta del General Córdova prueba de una manera concluyente que las intenciones del General Sucre, al efectuar su marcha de flanco saliendo de Latacunga con dirección a la Cordillera Oriental, tenía por objeto envolver el flanco izquierdo del enemigo, rehuyendo el ataque a la posesión ventajosa de Jalupana y la Viudita que había elegido; así como también, el interceptar al General español, las comunicaciones con Pasto, quitarle sus fuentes de abastecimiento e impedir que reciba refuerzos.

Nota del Coronel Santa Cruz para el Ministerio de Guerra y Marina del Perú:

“Ejército del Perú.—Cuartel General en Quito, a 28 de Mayo de 1822.—Ilustrísimo y honorable señor. La ocupación de la Capital de Quito es debida a la victoria del Pichincha, conseguida el 24 por el Ejército Unido, cuyas circunstancias de pelea detallé a U. S. I., expresándole que es decidida la campaña en que ha cooperado el Perú con mucho honor de sus armas y terminado la guerra en esta parte. Ocupando el enemigo a Machachi, como instruí a U. S. I. en mi última comunicación desde Tacunga, fue conveniente hacer un movimiento general por la derecha, para cambiarle las fuertes posesiones de Jalupana que pretendió sostener; con este objeto marchó el Ejército Unido por el camino de Limpio-pongo, en las faldas del Cotopaxi y logrando ocultar sus movimientos a la sombra de una mañana nebulosa y la de que el escuadrón de “Cazadores”, adelantado cubrió un punto visible, pudo llegar el quince al Valle de Chillo, a tres leguas de la Capital sobre su flanco izquierdo, obligando al enemigo a retirarse sobre ella, luego que sintió el movimiento, eligió de nuevo otras posesiones

en el "Calzado" y loma que separa aquel de éste, con el conocido objeto de conservarse a la defensiva, mientras le llegaban nuevas tropas de Pasto, cuyo correo interceptado nos confirmó la verdad y por lo mismo pareció conveniente apurar la batalla, pasando el 20 al Ejido de Turubamba, etc. (f.).—Andrés de Santa Cruz".

Este parte está en todo conforme con la carta que escribe Córdova a Santander, pues el fin que se proponía Sucre, volvemos a repetir, no era otro sino el de envolver a su enemigo por el flanco izquierdo, rehuendo el ataque a la posesión de Jalupana. Si Sucre hubiera intentado unirse al Libertador, lo natural, lo conveniente hubiera sido que continuara su marcha de flanco saliendo de los Chil'os en dirección a la Cordillera Oriental, para ir a caer sobre la Ciudad de Ibarra. Mas, habiendo fracasado el movimiento envolvente por el flanco izquierdo, Sucre hace ejecutar a su ejército una marcha a medio izquierdo desde los Chillos en dirección a Turubamba. En este punto trata de presentar combate; pero, viendo que el enemigo no se movía de sus posesiones de Puengasí, y no resolviéndose él tampoco a ejecutar un ataque de frente, concentra sus tropas en el caserío de Chil'ogallo, y es en este lugar donde concibe el proyecto de envolver a su adversario por el flanco derecho y atacarlo por las espaldas, antes de que sea protegido por los refuerzos que venían de Pasto, en protección de la Ciudad amagada. Y al efecto ordenó el día 23:

a) que la caballería al mando del Comandante Cestari, ejecutara el rodeo por la vía Turubamba-Amaguaña-Conocoto-Alangasí-Tumbaco-Cumbayá-Guápulo con dirección al Ejido Norte, con la misión de impedir que los refuerzos procedentes de Pasto, protejan a las fuerzas de Aymerich en el momento preciso;

b) que la Infantería emprenda una marcha por las alturas dominantes en el flanco derecho enemigo, aprovechando la noche, a fin de burlar la acción de la Artillería enemiga emplazada en la llave de posesión del Fuerte de Panecillo, teniendo como misión tratar de apoderarse de las alturas de "La Chilena".

Las anteriores comunicaciones, las órdenes y disposiciones impartidas por Sucre en vista del terreno y del enemigo, nos demuestran con verdad luminosa que el móvil de este General, fue medir sus tropas con las realistas, ya que su ejército que constaba de 3.660 hombres más o menos, era superior al del General español que sólo disponía de 2.200.

Bolívar, en carta dirigida a Santander fechada en Pasto en 9 de Junio de 1822, entre otras cosas le dice:

"Había pensado no escribir a Ud. sino de Pasto o del otro mundo si las plumas no se quemaban; pero, estando en Pasto tomo la pluma y escribo lleno de gozo, porque a la verdad hemos terminado la guerra con los españoles y asegurado para siempre la suerte de la República. Yo estaba desesperado de triunfar y sólo por honor he vuelto a esta campaña. Tenga Ud. entendido que mi intención fue lo que produjo el efecto, pues aquí no se sabía, no se podía saber nada de la batalla de Sucre, no se ha sabido hasta el primero, por lo mismo no quiero que atribuyan a Sucre el suceso de la capitulación de los pastusos: primero, porque bastante gloria le queda y segundo, porque es verdad muy verdad que estaban resueltos a capitular sin saber nada de Sucre; me parece que será muy oportuno el que se haga un preámbulo en la gaceta de nuestras glorias respectivas. Sucre tenía mayor número de tropas que yo, y menor número de enemigos; el país le era muy favorable por sus habitantes y por la naturaleza, y nosotros por el contrario, estábamos en el infierno lidiando con los

demonios. La victoria del Bomboná es mucho más bella que la del Pichincha. La pérdida de ambos ha sido igual y el carácter de los jefes enemigos desigual, etc.—(f.).—Bolívar”.

Según esta carta, nada sabía el Libertador de las operaciones efectuadas por Sucre hasta que se logró la Batalla del Pichincha, quien al contrario, por comunicaciones que recibió en Latacunga del Coronel Vicente Aguirre, dirigidas desde los Chillos, le hacía saber que Aymerich había desocupado Quito y se encontraba defendiendo los pasos de Jalupana y la Viudita; que los realistas habían festejado con repiques de campanas y salvas de artillería el triunfo del Coronel Basilio García sobre las fuerzas del Libertador en la batalla librada en Cariaco; y que se aseguraban venían refuerzos de Pasto para Aymerich.

Estas noticias fueron confirmadas por el General Mires quien logró huir de su prisión de Quito, mediante la intervención de la señora Rosa Montúfar, esposa del Coronel Vicente Aguirre que había sobornado a los soldados que custodiaban al prisionero, y hecho así posible la evasión.

Si las operaciones efectuadas por Sucre desde su entrada en Cuenca hasta su arribo a Latacunga, las llevó con mucha lentitud, debemos creer que éste obedecía a un noble y generoso fin, que él mismo expresa en carta escrita al General Santander, manifestándole que: “Su anhelo era que el Libertador tome Quito con sólo tropas de Colombia. La gloria particular —dice— debo sacrificar a la gloria de mi Patria”.

Con las noticias recibidas en Latacunga, y sabiendo que el Libertador se hallaba detenido por los pastusos en la línea Juanambú-Pasto, Sucre se apresuró a ejecutar maniobras hábiles, hasta conseguir concentrar sus tropas a una distancia de una milla del enemigo, de donde las ramificó para batir a las fuerzas realistas. Si sus intenciones hubieran sido

unirse al Libertador, el criterio militar le aconsejaba efectuarlo a gran distancia del enemigo, esto es dirigiéndose por la cordillera oriental, mas no escoger la occidental de difícil acceso para tropas que se encontraban bastante fatigadas por las continuas maniobras que habían efectuado, y teniendo que ejecutar un avance a la vista del enemigo que no es de creer permanecía clavado en el terreno, como no permaneció cuando alcanzó a divisar que los republicanos ascendían al Pichincha; pues, dándose cuenta el General español que iba a ser envuelto e interceptadas sus líneas de comunicación por el norte, ordenó a su ejército abandonar las posesiones de Puengasí, y dirigirse a contener el avance de los republicanos, empenándose la lucha en una zona en que ninguno de los bandos lo había previsto.

f.) **Rafael A. Puente,**
Coronel.

Partes de la Victoria de Ibarra

Circular a los Intendentes de Quito y Guayaquil



las 6 de la mañana del día de ayer, S. E. el Libertador marchó del pueblo de San Pablo con todo el ejército sobre este Cuartel General, y por la dirección de Cochicaranqui con el objeto de sorprender al enemigo que se hallaba en esta plaza en número de mil quinientos hombres y lleno de confianza, muy descuidado, y sólo tenía sus avanzadas sobre el camino principal de San Antonio. A las 2 de la tarde S. E. en persona con su Estado Mayor y algunos Guías se acercó a las primeras calles de esta Villa y al momento que se convenció que el enemigo estaba efectivamente en la plaza, mandó atacarlo con tal acierto y violencia, que la dispersión fue total, la mortandad horrorosa, y el número de fusiles, lanzas y demás elementos de guerra tomados, en muy grande cantidad.

Todo el Ejército del Libertador se ha portado con un valor y un entusiasmo que no tiene ejemplo; pero la caballería sobre todo, se ha distinguido haciendo prodigios como nunca. El señor General Salom se ha batido como el más valiente soldado y el señor General Barreto con su valor acostumbrado. El señor General Barreto ha marchado con toda la caballería, en persecución de los dispersos, y por todas partes y direcciones se han mandado partidas con el mismo objeto para acabar de destruir esa facción, y no hay la menor duda que ni un pastuso conseguirá repasar el Guáy tara.

Es con una satisfacción muy particular que se ha visto cumplir el día de ayer la profecía de S. E. el Libertador de que era por última vez que los infames pastusos se habían levantado y ciertamente puedo asegurar a U. S. que jamás se ha visto un triunfo más completo y conseguido contra hombres más resueltos que los pastusos, pues su resistencia después de haber salido de esta Villa y en todo el camino hasta el Chota fue tan tenaz, que se debería admirar si hubiera sido empleada en la defensa de una causa justa.

Todos estos pueblos se han portado con un patriotismo admirable y por todas partes los paisanos están recogiendo dispersos, armas, etc. El Boletín dará los detalles de esta acción y recomendaré a los bravos que más se han distinguido

S. E. el Libertador saldrá mañana para la capital de Quito, después de haber mandado para Pasto un ejército capaz de reducir al orden aquel infame Pasto.

Todo lo que tengo el honor de participar a U. S. de orden de S. E., encareciendo a U. S. se sirva comunicarlo a quienes corresponda.

Dios, etc.—San Pablo, Julio 18 de 1823.

C. E. Demarquet. (1)

(1) O'Leary.—Documentos.

Estado Mayor General.—Cuartel General en Ibarra, a 18 de Julio de 1823-13.

Los facciosos de Pasto capitaneados por el traidor Agustín Agualongo después de la ventaja que obtuvieron destruyendo la guarnición que mandaba el Coronel Flores, marcharon sobre esta Villa animados con aquel suceso, y con la retirada que hacía nuestra columna de vanguardia a las órdenes del General Salom, avanzada hasta el Puntal. S. E. previno siempre a este General que de ningún modo comprometiese su fuerza, y que atrajese al enemigo todo lo posible para poderlo batir en un campo abierto, y lejano de las guaridas de Pasto. Así se ejecutó, y el 12 por la tarde ocuparon los facciosos esta Villa. Nuestras fuerzas replegaron hasta Guayllabamba, así para lograr el plan adoptado, como para reunir las columnas de retaguardia que venían desde Guayaquil. Organizadas todas en tres secciones, la primera compuesta de los Guías de la Guardia y Batallón Yaguachi, al mando del señor General Salom, la segunda de Granaderos a caballo y Vargas a las órdenes del señor General Barreto, y la tercera compuesta de la artillería y Batallón Quito, a las órdenes del señor Coronel Maza, marcharon el 15 por la vía de Tabacundo, y ayer, a la 1 de la tarde estuvimos sobre este lugar, en donde permanecían los facciosos en número de mil quinientos hombres, de toda arma, ignorando nuestros movimientos y ocupados en robar y remitir a su retaguardia los efectos de su botín.

S. E. el Libertador en persona con sus ayudantes de campo y ocho guías hacia la descubierta. El enemigo enteramente descuidado sólo tenía en la dirección que traíamos una partida avanzada cuidando bestias, que fue lanceada por la nuestra; dos hombres que de ellas escaparon heridos, dieron aviso al enemigo, que inmediatamente se alarmó; su Excelencia hizo colocar a derecha e izquierda del

camino la infantería, y la caballería en el centro con orden de tomar la Villa avanzando simultáneamente. Apenas supieron los facciosos que se les atacaba, emprendieron retirarse y situarse del otro lado del río de esta Villa, posición muy defensible por escarpada y estrecha, con un puente por medio; pero nuestra caballería que recibió orden para cargarlos en el acto, lo ejecutó de una manera tan veloz, que desde las calles fueron puestos en desorden y empezaron a morir a lanzazos. Tres veces pudieron reunirse y defenderse desde el puente hasta el alto de Aluburu, porque nuestras tropas en el estrecho no pudieron pasar tan rápidamente como lo deseaban. La obstinación de los pastusos en defenderse y cargar era inimitable y digna de una causa más noble; pero en el día de ayer todo les fue inútil, porque nuestros Granaderos a caballo y Guías marcharon resueltos a exterminar para siempre la infame raza de Pasto. La mayor parte de ellos ha muerto, y los que pudieron escapar dispersos, no pueden llegar al Guáytara sin ser presos por nuestra caballería que los sigue, y por los pueblos y partidas Patriotas del tránsito de los Pastos. Desde esta Villa hasta Chota se encuentran más de seiscientos muertos en quienes el coraje de nuestras tropas y la venganza de Colombia aún no ha podido saciarse. Su armamento y cuanto tenían aquí está en nuestro poder.

No puede ponderarse la audacia y determinación de nuestros jefes y oficiales de una manera que corresponda a lo que han hecho. El benemérito señor General Salom se comportó del modo más arrojado que puede decirse, y el señor General Barreto con el valor que acostumbra. Se recomienda muy particularmente la conducta de estos dos bravos Generales, la del señor Coronel Ibarra, Primer Edecán de S. E., la del Teniente Coronel Medina que hizo prodigios como nadie; la de sus otros Edecanes, Alvarez y O'Leary, la del Capitán Santana, la del Comandante

Díaz Martínez, y el de Granaderos a caballo, Paredes; el Mayor de Guías, Herrán, los Capitanes Sandoval y Pío Díaz, el Teniente Camacaro, los alféreces de Guías Sajona y Jirón, y todos los demás subalternos de caballería. Nuestra infantería, aunque no pudo entrar en combate toda ella, manifestó los más vivos deseos de combatir y se distinguió muy singularmente el Mayor Arévalo de Yaguachi. Los Coroneles Chiriboga y Maza, y los Comandantes Farfán y Pallares llenaron su deber como todos los demás oficiales y tropa.

Sólo hemos tenido trece muertos y ocho heridos, entre ellos el Comandante Martínez, dos subalternos de levedad, y sólo un soldado de gravedad.

Los miserables restos que han podido escapar, son perseguidos en todas direcciones por la caballería y S. E. mismo lo hizo hasta el puente de Chota. La infantería sigue hoy por la ruta principal.

Reciba Colombia, y particularmente el Departamento de Quito las congratulaciones del Ejército Libertador por haberle dado su libertad por tercera vez, y en circunstancias más difíciles que en otras.

El Ayudante General,
Vicente González (1)

**Nómina de Jefes y Oficiales
que combatieron en la Batalla de Ibarra**

Cipriano Alvarado, Antonio Baquero, Paulo Barreto, José Belda, Eusebio Borrero, Evaristo Borrero, José I. Buenaventura, Manuel Carrera, Lucas

(1) Blanco y Azpurúa.—Documentos para la vida pública del Libertador.

Carvajal, Cayetano Cestari, Manuel Bocina, Eusebio Conde, José A. Costa, Vicente Ciriales, Roque Egas, Ramón Espinosa, Tomás Fajardo, José I. Fernández, Trinidad Franco, Raimundo Freites, José M. Gaytua, Juan de Dios García, Ramón Vicente Gómez, Juan González, Manuel González, José María Guerrero, Mariano Herrera, Ramón de Holas, Leonardo Infante, José Florencio Jiménez, José del Carmen López, Manuel M. López, Ignacio Luque, Francisco Montúfar, Darío T. Morales, Trinidad Mora, José V. Moreno, Ramón Morlás, José M. Muñiz, Victoriano Nieto, José de la Cruz Paredes, Juan Paz del Castillo, José M. Pérez, José Gabriel Pérez, Pagola, Joaquín Reascos, Ignacio Sáenz, Joaquín Salgar, Arturo Sandes, Juan Santana, Luciano Soto, Antonio J. Treviño, Eulogio Urdaneta, Pedro Ignacio Vergara, Rufino Villota Garaicoa.

De Junín al Condorcunca

I



ESPUES del desastre de Junín, el Ejército de Canterac, profundamente desmoralizado por la impresión que le causara la derrota de su brillante caballería, en la cual había puesto todas sus esperanzas, se entrega a una marcha de carácter inusitado. El ejército realista camina toda la noche del 6 de Agosto de 1824, o sea la del día del combate, todo el día 7, se detiene apenas unas horas en Jauja, para que descanse la tropa ya agotada, continuando el día 8 hasta Huayucachi, donde pernocta después de haber recorrido (según varios historiadores) 160 kilómetros en 36 horas.

Como si tuviera a sus espaldas al Ejército Independiente, continúa su marcha acelerada los días

9 y 10, acampa el 11 en Huando, avanzando inmediatamente. El 15 descansa en Los Molinos y, luego, sin detenerse, marcha hasta la ciudad de Huamanga, en donde acantona el día 22.

Mas, en aquella ciudad tampoco se considera seguro. Pasa el 27 el caudaloso Pampas, corta luego su puente y el día 28 se sitúa en la formidable posición de Chincheros, donde permanece 15 días, constantemente dominado por terrible inquietud.

El General Canterac abandona luego esa nueva posición y pasando el torrentoso Apurímac, va a buscar un refugio en su margen izquierda, colocando su ejército en una estribación de la cordillera, amparado en su frente por el río torrentoso y una profunda quebrada, desde donde, días más tarde, fortalecido por un refuerzo de mil ochocientos soldados, que, por sus súplicas, le había enviado el Virrey La Serna, avanza al Cuzco, lugar en el cual, dando a su Jefe cuenta del desastre sin precedentes, agravado enormemente por su desmoralización, entrega su Ejército al Virrey, estableciéndose en aquella ciudad desde la cual se reanudarían más tarde las operaciones, para lo que el Jefe español había dictado orden de concentración de todas las divisiones operantes en el Alto y en el Bajo Perú.

Mientras tanto, el Ejército Independiente entusiasmado por el triunfo obtenido por su caballería, en las pampas de Junín, había pernoctado la noche del 6 en el mismo campo. El día 7 avanza a Reyes, el 8 a Cacás, el 9 a Tarma, el 11 a Jauja y el 14 a Huancayo, para de allí, en cortas jornadas, avanzar a Huanta el 22 y encontrarse el 24 en Huamanga, ciudad galardonada con el nombre de Ayacucho, en la cual se establece el Ejército Independiente hasta el 24 de Septiembre, fecha en que el Libertador Bolívar lleva a sus tropas a las Provincias de Cancayo, Andahuailas, Abancay y Aymaráes, estableciendo su cuartel general en Chalhuanca.

En los días 2 y 6 de Octubre, el Libertador, en persona, verifica un reconocimiento a lo largo del Apurímac, decidiéndose permanecer en la zona Andahuailas-Abancay, en la cual pasarían las tropas la estación de las lluvias que ya se iniciaban.

Fue entonces cuando, obedeciendo a urgentes y especiales circunstancias, a la necesidad de resolver problemas políticos, económicos y de administración, ante imperativos de carácter militar que surgían día por día; el gran Libertador, después de haber propuesto al General La Mar y al General Sucre, un viaje a Lima y ante la negativa de estos Jefes, decidió separarse del ejército y marchar a la Costa, dejando al General Sucre al mando del Ejército Unido Libertador del Perú.

Entre tanto, en el Cuzco, el Virrey La Serna, ya al corriente de la derrota de Junín y de la más grave aún producida por la marcha sin concierto de las tropas del General Canterac, procede a reorganizar el Ejército, tratando, en primer término, de levantar su deprimida moral, en todos sus subalternos.

Como antes se dijo, llamó con urgencia al General Valdez, que se encontraba en el Alto Perú, luchando con el General español disidente, el realista Olañeta, reconcentrando, además, todas sus tropas y elementos, y dividiendo su ejército en tres Divisiones, cuyo contingente lo haremos conocer en su oportunidad, llevó su cuartel general a Limatambo, tomando el mando en Jefe de su ejército, al cual lo organizó como ejército de operaciones del Perú.

El Virrey La Serna, a pesar de estar muy próxima la estación lluviosa, decide abrir operaciones contra el ejército de Sucre, para lo cual deja su base del Cuzco el 22 de Octubre, iniciando así sus movimientos.

En este momento principia la segunda faz de la campaña; aquella que había de culminar con toda gloria en Ayacucho el 9 de Diciembre de 1824;

campana plena de notables acontecimientos, admirable bajo cualquier punto de vista que se le considere, sugestionante por sus resultados trascendentales y definitivos y en el curso de la cual el General Sucre, elevándose a las más altas cumbres de gloria pone de manifiesto sus indiscutibles capacidades, su don de mando, y sus condiciones de estrategia trascendente y de genio de la guerra.

El Virrey La Serna con su ejército, el día 24, se concentra en Accha, pasa el 25 el río Apurímac, por los tres brazos en que se encuentra dividido en ese lugar, y ocupa los altos de Mámara el 31 de Octubre, tomando luego la dirección de Sabayno, lugar en el que se informa que el ejército de Sucre se encontraba en la región de Cashinchigua, con sus avanzadas en Lambrama y Lorata, cerrando todo acceso al Valle de Abancay.

El Virrey La Serna se decide entonces a continuar la marcha por el camino de Chuquibamba a Zaraya y Charhuanca, procurando cortar a Sucre de su línea de comunicaciones con Lima y, en consecuencia, de sus relaciones con el Libertador, lo que obtiene efectivamente; pues, el 16 de Noviembre el Ejército Realista se encuentra en Rajay y con sus servicios avanzados hasta Huamanga, quedando así el ejército del Virrey situado entre Lima y el Apurímac o sea en realidad en la propia línea de comunicaciones con Sucre.

Informado el General Sucre de los movimientos del Virrey, cubre su estacionamiento situando un batallón en Lambrama y otro en Lorata, ordenando, a la vez, a sus jinetes que verifiquen incursiones constantes a órdenes del General Miller, quien, con todo éxito, mantiene al General Sucre informado de los movimientos realistas.

Sucre, para, como él lo dice: "Estar adelante y cerca del enemigo", traslada su cuartel general a Lambrama; mas, dándose cuenta de que el Virrey

amenazaba su flanco izquierdo, tratando de dominarlo desde los contrafuertes de Cotabambas, resuelve replegarse sobre Andahuailas. Sale con ese objeto de Lambrama el día 7 de Noviembre y el 9 se restablece en Cashinchihua, con una división de infantería y toda la caballería, escalonando las otras divisiones en Pichirhua y Chalhuana.

Sucre permanece los días 14, 15, 16, 17 y 18 en Andahuailas, avanzando el día 19 al Pampas y el 20 a Uripa.

El Virrey se hallaba concentrado en la región de Huamanga, cuando se informó de que el ejército Patriota se hallaba al sur del Pampas, resolviendo verificar una contramarcha para cerrar al General Sucre el camino de Uripa. En efecto, la vanguardia realista en la tarde del 17 llega a Bombón, lugar en el cual choca con las tropas avanzadas del Ejército Libertador, que dominaban ya las posiciones de Uripa. Entonces el Ejército Real toma también posiciones en Concepción o sea al frente mismo de los libertadores, donde permanecen hasta el día 23, librándose constantes escaramuzas y tiroteos.

Siendo formidables las dos posiciones elegidas, ninguno de los adversarios se aventura al ataque. El Virrey finge un ardid para sacar de sus posiciones al Ejército Patriota, para lo cual practica una falsa retirada hacia el Cuzco, moviéndose todo el Ejército Real, oblicuando hacia su derecha hasta las alturas de Charhuanca, a donde llega el día 26, descansa el 27, acercándose al vado el día 28. La vanguardia pasa el río, ocupando el 29, las alturas de Cocharcas, sobre la izquierda Patriota que así queda amenazada.

Cuando el Virrey se presentó en los altos de Cocharcas, Sucre hizo ocupar las alturas de Bombón y el día primero de Diciembre ordenó a su vez pasar el río, lo que se realizó con señalada precisión; de modo que el día 2 de Diciembre, el ejército estaba en

la margen contraria, burlando, una vez más, las decisiones del Virrey, de amenazar la retaguardia republicana y cortar su línea de comunicaciones.

Los dos ejércitos se encuentran en contacto, esperando librar la batalla de un momento a otro. Como el Ejército Realista no se aventurara a ella, Sucre aprovecha de la noche para cambiar su vivac, dirigiéndose al llano de Matará.

El día 3, en las primeras horas de la mañana, el grueso del Ejército Realista se une a su vanguardia en los propios momentos que la División Lara se incorpora también al Ejército Unido.

Nuevamente los contendores se encuentran en la situación de decidir con una batalla la suerte de las operaciones. Pero, una vez más, el Virrey rehusa el encuentro, lanzándose a una nueva estratagema. Sucre decide, entonces, dejar el campo de Matará y pasar la abrupta quebrada de Corpahuayco, lugar en el cual es sorprendida la División Lara y cortada su retaguardia, librándose una batalla en la que el heroísmo de los batallones Rifles, Vargas y Vencedor, salva al ejército, rechazando a la División española Valdez, la que con todo se apodera del parque de campaña, muchas mulas y cabezas de ganado y de una de las dos piezas de artillería de que disponía el General Sucre. El Ejército Libertador pierde doscientos hombres en esa emboscada, hábilmente preparada por el General Valdez.

El día 4, libertadores y opresores vuelven a encontrarse en Tambo Cangallo, frente a frente y a muy poca distancia; Sucre despliega sus tropas, pero el Virrey se aleja una vez más.

Sucre pasa la quebrada de Acrocco y pernocta en Guaychao.

El Virrey ocupa el día 6 las alturas de Pacaicasa, pasando el 7 la quebrada de Huamanguilla, se posesiona el 8 de las cumbres del Condorcunca.

Sucre, en la tarde del 5, pernocta en Acosvinchos y, desde el día 6 ocupa Quinua, quedando el día 9, los dos ejércitos contendores, frente a frente.

Hemos narrado con algún detenimiento las marchas y contramarchas de los Ejércitos Libertador y Realista, porque consideramos de suma importancia anotar aquella movilidad casi constante en que se mantienen los ejércitos desde el día 6 de Agosto en que se libra la jornada de Junín hasta el 9 de Diciembre, en que se deciden los destinos de América con el triunfo de Ayacucho.

II

Ejércitos contendores

Organización del Ejército Unido

Cuando el Libertador Bolívar se separó del ejército para dirigirse a Lima y el General Sucre se encargó del mando del Ejército Unido, se le organizó con el título de "Ejército Libertador", en la siguiente forma:

General en Jefe, General Antonio José de Sucre.

Jefe de Estado Mayor, General Agustín Gamarra.

Ayudante General, el General F. O'Connor

Comandante de la caballería, General Guillermo Miller.

Divisiones:

Primera División:

Comandante General, el General José María Córdova, con las Unidades: "Bogotá", comandada por el Coronel León Galindo; "Voltijeros", por el Teniente Coronel

Pedro Guas; "Pichincha", por el Teniente Coronel Manuel León; "Caracas", por el Coronel José Leal; Caballería: "Granaderos de Colombia", comandada por el Coronel Lucas Carvajal. Esta División disponía de un contingente de 2.500 hombres.

Segunda División:

Comandante General, el General José de La Mar.
Unidades: Batallón Número 1º del Perú, Coronel Francisco de P. Otero; Batallón Número 2, Teniente Coronel Ramón González; Batallón Número 3, Teniente Coronel Guillermo Benavides; Legión Peruana, Coronel José M. Plaza; Regimiento "Húsares de Junín", Coronel Isidoro Suárez. Contingente de la División, 1.800 hombres.

Tercera División:

Comandante, el General Jacinto Lara.
Unidades: "Rifles", Coronel Arturo Sandes; "Vencedor", Teniente Coronel Ignacio Luque; "Vargas", Comandante Trinidad Morán; Caballería, "Regimiento Húsares de Colombia", Coronel Lorenzo Silva.
Contingente: 2.000 combatientes.
Total del Ejército Republicano: 6.300 hombres.

EJERCITO REALISTA

El 11 de Octubre de 1824, a su vez, el Virrey La Serna, en el Cuzco organizó su ejército en la siguiente forma:

General en Jefe, General José de La Serna, Virrey del Perú.

Jefe de Estado Mayor, General José de Canterac.

Caballería, Comandante el Brigadier Valentín Ferras.

Artillería, Comandante Brigadier Fernando Cacho.

Divisiones:

Primera División:

Comandante, General Juan Antonio Monet.

Unidades: "1º de Burgos", "Victoria", "Guías del General", 2º Escuadrón del Primer Regimiento y 3er. Escuadrón del Regimiento "Unión".

Segunda División:

Comandante, el General Alejandro González de Villalobos.

Unidades: 2º "Burgos", 2º "Imperial", 1er. Regimiento, "Fernandinos", cuatro Escuadrones de la Guardia y cinco piezas de Artillería.

Tercera División:

Comandante, el General Jerónimo Valdez.

Unidades: "Cantabria", "Centro", "Castro", "Primero del Imperial", dos Escuadrones de Húsares y seis piezas de artillería.

División de Reserva:

Comandante, el General José de Carratala.

Unidades: "Gerona", "Fernando VII" y Regimiento San Carlos".

Guardia del General en Jefe: Regimiento "Alabarderos del Virrey".

Contingente total del Ejército Realista: 9.000 combatientes.

III

Terreno

El terreno en el cual se libra la Batalla de Ayacucho, está constituido por una pequeña llanura de unos mil quinientos metros de largo, por más o menos unos quinientos de ancho. Aquel campo está limitado al norte por las faldas del Condorcunca y al sur por el poblado de Quinua. Las pendientes que descienden del Condorcunca son abruptas, extendiéndose suavemente hacia el Sur, siendo los campos próximos al pueblo de Quinua, ligeramente ondulados y cubiertos por manchas de vegetación y flores.

Al Este y al Oeste, está limitada la llanura por dos profundas quebradas, siendo la del Este completamente impracticable.

En lo general, el campo descubierta es de difícil acceso, exceptuándose el lado Sur, por el cual llegó el Ejército Libertador, pues, el Ejército Realista había descendido desde las alturas del elevado Condorcunca, situándose en las pendientes, dominando el campo patriota.

Del Este al Oeste, el campo también está cruzado por otros dos barrancos: uno al pie del Condorcunca, que se podía pasar fácilmente y otro más al sur, de tres metros de profundidad y de cuatro de ancho, lo que era, como se ve, un obstáculo bastante grande. Esta última quebrada recorre el campo de Ayacucho dividiéndole en dos zonas, Norte-Sur, siendo la parte

del Oeste cortada en dos mitades, terminando el barranco en el campo, sin tocar el lado Este, que quedaba así sin mayor obstáculo.

Cada uno de los dos comandos, estudia en detalle la situación de su contendor, respecto del terreno que ocupa y las facilidades que brinda para la maniobra.

Los españoles consideraban que su posición era inexpugnable por el frente, teniendo, además, según lo expresa el General García Camba, apoyado el flanco derecho en un escabroso barranco y el izquierdo en una profunda quebrada.

También la posición de los independientes no podía ser mejor elegida para compensar con su situación la inferioridad numérica de las tropas, pues su izquierda era infranqueable merced a la gran cañada y su derecha, apoyada en los últimos escarpes del Condorcunca, le ponía a cubierto de una maniobra envolvente.

En el caso de la ofensiva española, los independientes consideraban que el Virrey no podría desplegar ni siquiera una división completa en su estrecho frente, lo cual agravaba su situación, teniendo en cuenta la imposibilidad absoluta de hacer rodar la artillería y la de que la Caballería acabase de descender la escabrosa pendiente del Condorcunca, no de otro modo que a la desfilada y con los caballos tirados de la brida, para, por este medio lentísimo, ir a formar bajo los tiros del enemigo, del cual era natural esperar que procuraría impedir la tranquila reunión de las armas adversarias, con el objeto de que no pudiesen auxiliarse oportunamente.

A pesar de haber sido examinadas por los dos Comandos opuestos las condiciones del terreno en que se iba a librar la batalla, los dos vivaquearon en su propio lugar y en la mañana del 9, el sol alumbró los dos campos con sus vívidos destellos, encontrando a los adversarios en las posiciones tomadas a la luz del crepúsculo del día 8.

Observaciones ya expresadas prueban que si, en general, la posición elegida por los realistas era buena y bien protegida, en cambio, el terreno disponible era estrecho, lo que dificultaba completamente, como sucedió, el empleo de las distintas armas y su combinación oportuna, es decir, impidió la maniobra envolvente proyectada, y dado ese antecedente, no faltó en el campo español quien dejase de observar "que la posición que ocupaban los independientes favorecía calculadamente el intento de aceptar la batalla", y que sería mejor permanecer a la ofensiva para pasar a la contraofensiva en el momento oportuno. Mas, esas observaciones no fueron tomadas en consideración y el Virrey dictó sus órdenes para el ataque al Ejército Libertador.

Desde el campo libertador, el Condorcunca, dice el General Manuel Antonio López, se presentaba dominante. Más alto a la izquierda que a la derecha, y en suave declive en el centro, desde la cumbre hasta el fondo, teniendo limitados sus flancos por escarpes ásperos a la derecha y un pequeño bosque a la izquierda. Cubrían el campo en el frente de la posición Patriota, algunas ondulaciones y numerosos túmulos que dificultaban los movimientos de la caballería, quedando sí, a la derecha, un campo abierto y llano por el cual podría atacar la caballería Patriota.

Para los Patriotas, realmente la posición era buena, porque, a la vez que dificultaba el empleo de las tropas españolas, facilitaba el de las reducidas tropas Patriotas. Además, las tropas españolas, en el limitado espacio de que disponían, tendrían que maniobrar bajo el fuego del Ejército Patriota que esperaría tranquilo el momento de tomar la ofensiva.

IV

Situación de los Ejércitos contendores

Ejército Realista:

División Valdez; a la derecha, con su contingente de los Batallones "Cantabria", "Centro", "Castro", Primero del "Imperial", dos Escuadrones de "Húsares" y seis piezas de artillería.

Al centro, el General Monet, con los batallones "Burgos", "Infante", "Victoria", "Guías" y Regimientos "Primero" y "Segundo" de Caballería, apoyando su izquierda en tres escuadrones del "Unión", el "San Carlos", los cuatro Escuadrones de la "Guardia" y cinco piezas de artillería, mandadas estas últimas fuerzas por el General Gonzalo Villalobos.

Reserva: En la altura de la izquierda, compuesta de los Batallones "Primero" y "Segundo", "Gerona", "Segundo del Imperial", "Primero del Primer Regimiento" y los "Fernandinos" a órdenes del General Carratala.

A la derecha, en una pequeña altura se situó el Virrey La Serna, con el "Alabarderos" y los "Dragones". En los dos flancos de la posición, se emplazó la artillería a órdenes del Brigadier Cacho.

Ejército Independiente

El General Sucre dispuso su ejército, en la siguiente forma:

A la derecha y centro, la Primera División, la de Vanguardia mandada por el General Córdova, compuesta de los batallones "Bogotá", "Voltijeros", "Pichincha" y "Caracas", teniendo un poco atrás y a su costado en el declive Sur, al Regimiento

“Granaderos”; al centro y la izquierda, la Segunda División, a órdenes del General José La Mar, compuesta de los Batallones “Primero”, “Segundo” y “Tercero”, “Legión Peruana”, formando a su espalda el Regimiento “Húsares de Junín”.

Reserva: Situada al extremo Occidental, Tercera División Colombiana, mandada por el General Jacinto Lara y compuesta de los Batallones “Rifles”, “Vencedores” y “Vargas”, respaldados por el Regimiento “Húsares de Colombia”. Artillería, una pieza de montaña de a cuatro, en la derecha de la reserva, en el vértice sudoeste del campo.

V

Disposiciones en el campo español

El General Valdez, con los cuatro Batallones de la Vanguardia, los dos Escuadrones de “Húsares de Fernando VII” y cuatro piezas de artillería, debía romper el movimiento ofensivo por la derecha, comenzando por desalojar un destacamento patriota de una pequeña casa que promediaba el campo, para procurar enseguida forzar el flanco izquierdo de los independientes.

Por el centro el General Monet, con sus cinco Batallones debía descender al llano, acercarse al borde oriental del barranco que dividía el campo de Ayacucho y formar allí sus masas para secundar decididamente la ofensiva, así que la División Valdez se hubiese empeñado con ventaja; por la izquierda, la División Villalobos, de cinco Batallones, fue distribuída en esta forma: el Primer Batallón del Primer Regimiento, mandado por el arrojadísimo Coronel don Joaquín Rubín de Celis, debía adelantarse por la ceja de la impracticable quebrada del Sur para

protejer la operación de descargar de las mulas siete piezas de artillería, montarlas y armarlas, y atacar resueltamente el flanco derecho de los contrarios cuando la derecha realista se hubiese bien empeñado; el Batallón de Fernando VII, muy bajo de fuerza, debía permanecer de reserva en la cuesta, apoyado en un parapeto natural que ofrecía una de las muchas cortaduras del terreno; al pie de la misma cuesta debían de formar los batallones de Gerona como primera reserva; viniendo por consiguiente el segundo batallón del "Imperial Alejandro" a ser el único de la División "Villalobos" que por de pronto entraba en la línea. Determinada así la distribución y colocación de la Infantería de derecha a izquierda, la caballería debía descender al llano y formar a su retaguardia por brigadas, la primera en frente del intervalo de la primera a la segunda División, y la segunda, algo más a la izquierda, descendiendo ésta por una senda de a pie que desde la cumbre de la cordillera conducía por recodos al llano de Ayacucho.

En el Frente Independiente

En tanto, que, a las 9 de la mañana, Generales y Brigadieres españoles eran llamados al Cuartel General, para comunicarles las disposiciones que cada cual debía cumplir en el ataque, el General Sucre recorría los cuerpos del Ejército Unido y Libertador del Perú, acompañado de sus Ayudantes, dirigiéndoles a cada cual y a su turno, las brillantes arengas recogidas felizmente por algunos historiadores y las cuales las reproducimos en otro lugar de esta Revista.

Todos los otros Generales y Jefes superiores se encargaron de fortalecer los estimulantes términos del General Sucre, con palabras rebosantes de confianza, de honor y de patriotismo.

Se dirigía el General Comandante en Jefe a arengar a los Húsares de Colombia, cuando la vanguardia española bajaba las faldas del Condorcunca, tomando su puesto de ataque con su artillería al frente y avanzando sus líneas de tiradores hacia el arroyo, protegiendo ese movimiento con cuatro cuerpos de infantería que se presentaban en masa, teniendo en uno y otro flanco contingentes de caballería.

Entonces el General Sucre, desde el centro del campo patriota, en alta voz y con solemne tono exclamó:

¡Soldados!, de los esfuerzos de hoy depende la suerte de la América del Sur; otro día de gloria va a coronar vuestra admirable constancia. ¡Viva el Libertador!

Las tropas acogieron aquellas elocuentes frases con indescriptible entusiasmo y todos se inspiraron en la obra del Gran Libertador Bolívar, para secundar las geniales actividades del invicto General Sucre.

VI

La Batalla de Ayacucho

A las 11 de la mañana, menos 5 minutos, rompiéronse los fuegos. En el campo realista inició la ofensiva el General Villalobos, descendiendo con el primer batallón del primer regimiento, hasta colocarlo en el punto señalado en el que debía esperar hasta que todas las tropas formaran a orillas del barranco, para avanzar a la planicie y que las siete piezas de artillería, destinadas al ala izquierda, fuesen descargadas de las mulas, montadas y armadas para secundar el ataque inmediatamente que la derecha se hubiese empeñado en la batalla.

Sucre ordenó a sus tiradores, atacar la posición tomada por Villalobos. Canterac lanza intempestivamente al Escuadrón "San Carlos", el que, siguiendo el primer movimiento, aceleró su desfile para sostener a las guerrillas del centro y de la izquierda contra el ataque libertador, misión que cumplió, pero con sangrientas pérdidas.

En esos momentos y en la derecha, el General Valdez rompe sus fuegos contra la División peruana del General La Mar, a la cual la ataca con el Batallón "Centro", apoyado por cuatro piezas de artillería, logrando apoderarse de una pequeña casa que existía en el campo y que estaba ocupada por las tropas independientes, avanzando luego contra la División peruana, obligándola a replegarse abandonando su primera posición.

Canterac se había propuesto formar un semicírculo en el frente español, es decir realizar una maniobra envolvente, sostener los dos extremos con sus piezas de artillería (cuatro al Norte, siete al Sur) apoyadas por las Divisiones Valdez y Villalobos. Avanzar en esa formación, encerrar a los independientes y luego lanzar sobre su centro a toda la División Monet (cinco batallones y una brigada de caballería).

Entusiasta el General Valdez con sus primeros éxitos, continuaba embistiendo frenéticamente, logrando pasar el barranco y procurando posesionarse también de una pequeña loma que ocupaba la División peruana.

De un lado y de otro se acrecentaban los fuegos, cuando el Coronel Rubín de Celis, entusiasmado por el avance de las tropas del General Valdez, se lanza intempestivamente contra el ala derecha colombiana que mandaba el General Córdova, emprendiendo en un temerario ataque que arrastra tras de sí al batallón Imperial N° 2 y a todas las guerrillas inmediatas, chocando con toda esa masa contra los

batallones en orden cerrado de la Segunda División colombiana; la cual, obedeciendo órdenes expresas del General Sucre, que en ese momento disponía que el General Córdova batiera a los atacantes, y forzara la posición en que habían colocado su artillería, envuelve a las tropas españolas, las sumerge bajo su fuego, aniquilándolas con la punta de sus bayonetas y de sus lanzas.

Todas las tropas que con el Coronel de Celis se habían lanzado imprudentemente al ataque, quedan en el campo.

Mientras tanto la División Valdez continuaba presionando a la División peruana del General La Mar, volviendo su situación sumamente crítica, momento del cual se aprovecha el General Canterac para ordenar al General Monet que descendiera a su vez, atravesara el barranco y protegiera con los batallones de la reserva a la División Villalobos.

El General Sucre seguía desde Sabaneta el curso de la batalla y aun cuando veía comprometida su izquierda, al descubrir el movimiento emprendido por la División Monet, que se desbordaba al pasar el barranco, corre a su ala derecha y ordena a Córdova converger hacia el barranco y atacar a Monet con todas sus fuerzas, a la vez que lanza al General Miller, con la caballería colombiana, con orden de penetrar al fondo de la quebrada que pasaba Monet en esos momentos, lo que realiza en el acto el intrépido General, logrando sorprender a los realistas en momentos en que tenía ya una de sus líneas en una orilla del barranco y la otra en el lado opuesto.

El General Córdova, en tanto que los tiradores independientes consumaban la derrota de la División Villalobos, al recibir la orden de cargar a la División Monet, se baja del caballo, le mata de un pistoletazo, porque no desea medios de retroceder, sino elementos para vencer y de pie "magnífico de heroísmo, con la espada en alto, resonante la voz, atruena el aire con

la sublime orden de combate nunca oída en ningún campo de batalla: "Colombianos: Armas a discreción, de frente, paso de Vencedores", avanzando hacia el barranco sin disparar ni un tiro hasta cuando, hallándose a cien pasos de distancia, rompe sus fuegos sobre el centro y la izquierda realista, cargando luego a la bayoneta.

Entonces sí, el General en Jefe se preocupa de la Segunda División, a la cual, dándole como refuerzo los batallones colombianos, "Vencedores" y "Vargas", de la División Lara, logra reanimarla impulsando a la División peruana a un nuevo ataque.

Canterac, al presenciar la derrota de la División Monet, lanza contra Córdova a los escuadrones españoles lo mismo que al General Morales con el Segundo del "Imperial" y otros batallones. Mas, en pocos momentos, también todo ese refuerzo es desbaratado, pues nada puede resistir ya al impulso heroico de los gloriosos colombianos.

El Batallón "Pichincha", tremolando en alto su bandera destruye a los batallones del Virrey. El "Caracas" se lanza contra la artillería, en tanto que el "Bogotá" y el "Voltijeros" rompen las filas contrarias que aún quedan dominando la posición realista.

El General Canterac tienta un último esfuerzo, toma la caballería y los batallones que le quedan y avanza tratando de penetrar en el vértice del ángulo que en ese momento formaban la División peruana con la División Córdova. Pero Sucre opone a ese movimiento a los Húsares y a los Llaneros en tanto que los batallones "Vargas" y "Rifles" avanzan destruyendo cuanto encuentran.

Por otro lado, en la derecha y en el centro la División La Mar ya protegida por las tropas colombianas lograba también avanzar, conducida por su heroico Jefe el General ecuatoriano, recuperando sus posiciones y participando así en el triunfo general.

En el campo español ya todo es confusión y desorden. El Virrey La Serna, desesperado del triunfo y de la suerte de la colonia, acude también en persona acompañado de su Estado Mayor, llevando al combate al batallón "Fernando VII", a sus "Alabarderos" y al resto de su reserva; pero, cargados por los "Granaderos" de Colombia y diezmados por los fuegos de los batallones de la División Lara, se desbandan a su vez, arrastrando en su derrota al propio General en Jefe, al cual no le queda otro recurso que volver a escalar las pendientes del Condorcunca, seguido de los batallones de Colombia, que también trepaban persiguiendo a los despavoridos batallones realistas que huían en desorden.

El General Lara con sus tropas frescas aún, inicia la carga final destruyendo los últimos cuadros formados por la guardia de honor del Virrey, que, arrollada por el ímpetu colombiano, cae prisionera con su propio Jefe.

Toda la tarde se emplea en perseguir la derrota y en coleccionar su enorme botín y los innúmeros prisioneros que pregonarían ante el mundo el fin del dominio Peninsular en la América Libre.

VII

Consideraciones y consecuencias

La Batalla de Ayacucho puede considerarse, de manera general, como una batalla prevista y preparada. No se le puede llamar una batalla de orden paralelo, porque, denominándosele así, se tendría la idea de una de aquellas operaciones clásicas, lineales, formalistas, rígidas, que se practicaban hasta Federico II y aún hasta la Revolución Francesa.

En la acción táctica de Ayacucho, los Comandos tomaron sus disposiciones expresas para la batalla, las conservaron en secreto hasta el momento de realizarlas y el despliegue de sus tropas no se practicó en orden lineal y ni siquiera en un sentido totalmente paralelo con relación al frente enemigo.

En realidad, el Ejército Independiente, educado en los campos de batalla, al iniciarse un combate, tomaba las formaciones que le aconsejaban sólo sus entusiasmos; colocarse de manera de disparar pronto y con la máxima eficacia y luego, a la menor insinuación del Jefe, lanzarse sobre el enemigo y arrancarle la victoria con la punta de las bayonetas; así luchaban también en Francia los revolucionarios del 79 por los derechos del hombre, sintetizados en la trilogía de Igualdad, Libertad y Fraternidad.

Primero, fuegos en línea y luego, aquellos ataques en columnas macizas y profundas para penetrar, como un ariete, en el campo enemigo, destruyendo y aniquilando a las fuerzas contrarias.

Es verdad que en la noche del 8 de Diciembre de 1824, los dos ejércitos se mantienen colocados el uno frente al otro, vivaquean en el propio orden, realizan la galante conferencia propia de aquellos tiempos hidalgos, entre adversarios caballeros, concediéndose mutuamente aquella especie de tregua que se dan los contendores para sentar condiciones antes de jugar sus destinos; pero, a pesar de todo ello, Ayacucho no fue, ni mucho menos, una batalla de orden indeciso, de aquellas en las cuales los comandos procuran el menor daño para sus ejércitos; revistiendo, por el contrario, desde el primer momento del encuentro, un carácter de fiereza y vigor excepcionales. La sangre se vierte a torrentes para que fructifique lozano el árbol de las libertades americanas.

Con excepción de ciertas compañías desplegadas en líneas de tiradores en los campos contrarios, ni libertadores, ni dominadores colocan puestos

avanzados, ni establecen fajas de observación, ni puestos de vigilancia especiales.

Los contendores se contemplan unos a otros en sus emplazamientos. Se diría que se temen mutuamente o que rehusan regar la sangre adversaria, prefiriendo el acuerdo que, desde luego, era imposible entre tendencias tan señaladamente opuestas.

Es verdad que el campo patriota produce una alarma en la noche del 8, y que no dejan de producirse tiroteos entre las líneas contrarias; pero aquel estratagema como aquella fusilería precursora de la batalla, no representa ni significa el principio de la acción, ni la tentativa de un desgaste del ejército enemigo.

Para la acción, el Virrey coloca a sus tropas en forma de que pudieran disparar todas sus armas con la mayor eficacia. Se preocupa, pues, fundamentalmente del poder del fuego. Deja una reserva de dos batallones y sin tratar de dar profundidad a su ejército, de manera de tener la mayor cantidad posible de tropas bajo su mando, para la dirección de la batalla, compromete una tras otra sus Divisiones, de manera que no puede atender como debía a los múltiples incidentes que surgen en una batalla y a los acontecimientos de carácter imprevisto que hay que afrontarlos aun sin preveerlos.

Ya hemos manifestado que el plan del Virrey se redujo a principiar el ataque por la derecha, manteniendo el resto de sus fuerzas para apoyar a la División Valdez, la cual esperaba para el ataque, que la artillería desmontara y emplazara sus piezas y que la caballería hubiese descendido de las pendientes del Condorcunca y tomado su debida colocación.

En su plan inicial, se debe anotar el error de haber avanzado su infantería a la línea de combate antes de que su artillería estuviese emplazada, y el hecho de no conservar en reserva su caballería en forma de aprovechar primero del fuego de la artillería,

sin gastar desde el principio las energías y la sangre de sus jinetes.

Iniciado el ataque por la División Valdez, que tiene por objetivo determinado, desalojar a las tropas independientes, de una casa situada en un sitio medio del campo, Rubín de Celis se lanza al ataque intempestivamente sobre el flanco derecho de los independientes, desobedeciendo observaciones oportunas del General Villalobos, de cuyas líneas se desprenden varios núcleos arrastrados por el temerario arrojado de Rubín de Celis. La izquierda realista se descompone y ya no se encuentra en capacidad de resistir al empuje heroico de la División del General Córdova, que, lanzada en el momento oportuno, a un contra ataque por el General Sucre, arroja cuanto encuentra a su paso desmoralizando a las tropas contrarias.

El ataque español a la derecha tuvo, pues, a pesar del heroísmo de Rubín de Celis, un resultado completamente nugatorio y contraproducente para los propósitos del comando español.

Luego, el Virrey La Serna, tratando de restablecer el combate y de interponer su acción ofensiva entre la División Córdova y las legiones del Perú, colocadas en el centro de la línea Patriota y que ya habían cedido algún terreno, abrumadas por fuegos de la División Monet, ordena a esta División que pasara el barranco que tenía en su delante y atacara el centro independiente. Mas, la División Monet, al pasar el barranco se desordena completamente y entonces Sucre, con su vista de golpe genial, aprovecha de las circunstancias y lanza sobre ella a la División Córdova, dos batallones de la División de reserva (General Lara) y a la caballería de Miller, que obtiene un fácil éxito sobre aquella infantería en desorden.

Desde ese momento, la batalla se compromete en todo el frente. Ya no hay poder humano que

reorganice las filas españolas. Las divisiones se lanzan al choque y como en el campo español ya no queda reserva alguna, porque el Virrey, como ya lo hemos dicho, había comprometido los dos batallones de "Gerona" en su izquierda, los independientes organizados acometen por doquiera y desde ese instante puede ya considerarse que el triunfo estaba próximo.

La izquierda de los realistas, fue igualmente envuelta, por la acción colombiana y como el centro ya se encontraba sin tropas disponibles por la desorganización y dispersión de la División Monet, ya no pudo tratarse en el campo español, a pesar de la acción personal de sus comandantes, de reconstituir las tropas, ni de reorganizarlas para sostener el ataque.

El General español, García Camba, en sus clásicas Memorias al referirse a ese momento de la batalla, dice: "rota sucesivamente la izquierda y el centro de los realistas, cuando menos lo esperaban, y a pesar de la resistencia más de valor que de orden que opusieron, ningún esfuerzo, ningún ejemplo, bastaron ya para remediar el mal causado".

Respecto del terreno elegido para la batalla, es evidente que era favorable al ejército del General Sucre, sobre todo, dada la situación defensiva en que se había decidido sostenerse al principio de la batalla y hasta que considerara que había llegado el momento oportuno para tomar a su vez la ofensiva.

Nuestra posición, dice, al respecto, el General Sucre, aunque dominada, tenía seguros sus flancos por unos barrancos y por su frente no podía obrar la caballería enemiga de modo uniforme y completo.

En efecto, el terreno que ocupaba el General Sucre, era una faja estrecha con hondas quebradas a sus dos lados, lo que, desde luego, le libraba de toda tentativa, de flanqueo o de envolvimiento, circunstancia que, en otro caso, habría sido de

temerse dada la superioridad numérica del ejército español y los elementos de todo género de que podía disponer.

El aprovechamiento del terreno por parte del General Sucre, se asemeja al obtenido en su favor por Milcíades en la clásica Batalla de Maratón, para impedir que los persas se aprovecharan de su superioridad numérica para el éxito de la batalla. Así, entre el Mariscal de Ayacucho y el General ateniense, se establece, al través de los siglos y de los espacios, una cierta similitud en sus concepciones tácticas, en los fines de libertad y de civilización perseguidos y en sus disposiciones para la batalla.

En cambio, el terreno dificultaba completamente la maniobra realista de envolvimiento proyectado por el Virrey, a causa de los obstáculos naturales que protegían a los Patriotas.

Además, los españoles tenían a sus espaldas las montañas del Condorcunca, no disponiendo, en consecuencia, de una línea de retirada práctica para todas las armas, pues debían haber considerado que, en caso de un desastre, no les quedaría otro camino de retirada que subir las pendientes, lo que resultaba poco menos que imposible ante un enemigo victorioso.

El Ejército Libertador, en cambio, sí contaba con una línea de retirada, constituida por las rutas que conducían al pueblo de Quinua.

VIII

Los Ejércitos

El Ejército Libertador tenía la ventaja de estar formado en su mayor parte por soldados que enrolados en los batallones "Rifles", "Vargas", "Vencedores",

“Pichincha”, “Caracas”, “Cazadores de los Andes”, “Voltijeros”, se habían ilustrado en las brillantes acciones de Boyacá, Carabobo, Bomboná, Pichincha, Cone, Ibarra y Junín, teniendo así afianzado su espíritu y afirmada su voluntad en los triunfos de sus armas y estimuladas sus admirables cualidades de abnegación y de heroísmo.

Era, pues, un núcleo colombiano homogéneo: ahí formaban los llaneros de Apure indomables en la pelea y cuyas energías y potencias acababan de ser puestas a prueba victoriosamente en las pampas de Junín.

A su lado, es cierto, que estaban los batallones organizados en el Perú por el Libertador Bolívar, formados con los escasos núcleos leales a la causa de la Independencia, cuadros en los cuales quedaban los restos de soldados argentinos y chilenos, de aquellos que lucharon a las órdenes de San Martín y en los que las derrotas de Torata, de Ica, de Moquegua, no habían sido suficientes para segar los laureles de Maipú y de Chacabuco.

Luego, el Ejército Libertador estaba mandado por el General Sucre, el más selecto espíritu de la Libertad, según propias palabras del Libertador Bolívar. Con el General Sucre, y a sus propias órdenes, esos batallones se habían cubierto de laureles en cien batallas y, por ello, entre el Jefe que mandaba y los hombres que formaban sus batallones, existían lazos íntimos de unión, de cooperación y de correspondencia y de fe en los destinos de la América. Reinaba pues, en las filas colombianas una gran confianza en la capacidad de los Comandos y una adhesión incondicional a su obra de independencia y de libertad.

En todo el curso de la Batalla de Ayacucho, se destaca, brillantemente, la admirable figura del General Sucre. Es él quien conduce la batalla con su brillante golpe de vista. Es él, quien la dirige sin indecisiones a pesar de la gravedad de ciertos

momentos que por cierto, no logran turbar la serenidad de su ánimo superior.

Trazado su plan de campaña y de batalla, toma sus decisiones sin sugestión alguna y si, en un principio, por inferioridad de sus fuerzas, se decide a sufrir la voluntad adversaria y el imperio de su iniciativa, pronto, aprovechándose las faltas contrarias, impone su voluntad y es suya la iniciativa que la ejerce de manera sorprendente.

Y así, cuando en la izquierda, Rubín de Celis, anticipándose a los movimientos metódicos de Valdez, precipita los acontecimientos y se lanza sobre la derecha libertadora, apreciando Sucre ese feliz incidente, ordena a Córdova que lo aproveche sin dilación, reforzando a la gallarda División Colombiana a sus órdenes, con los "Húsares de Colombia" y luego, cuando la División de Monet se desordena al pasar el barranco que tenía en su delante para lanzarse al ataque del centro libertador, Sucre, que no pierde un detalle de los acontecimientos, aprovecha de esa situación para lanzar sobre ella los batallones de la División Córdova, seguidos en su ataque por la División Lara, la División La Mar y la caballería de Miller.

Ni por un momento, deja el General Sucre de conducir la batalla con toda eficacia, y el estrecho frente elegido y sus tropas que en las manos las tiene organizadas en profundidad, le permiten aprovechar de sus reservas, trasladar y mover sus batallones y escuadrones de un lugar a otro, maniobrando por doquiera, como lo exigían las situaciones de la batalla y su gran talento y capacidad conductora.

Lo que siempre será digno de la creciente admiración y que, por cierto, constituye un tema digno de ser tratado especialmente, es lo que se refiere a la solución de los problemas logísticos en aquellos ejércitos, que, sometidos a una movilidad constante, a marchas y contramarchas inusitadas en un territorio

desprovisto de elementos de vida, supieron conservar intactas sus condiciones de resistencia física y de intrepidez admirable. ¿Cómo el General Sucre atendía a los aprovisionamientos de su ejército? ¿Cómo y de qué medios se valía el previsor Jefe para alimentar a sus soldados en aquellos páramos desiertos e inhospitalarios? ¿Cómo organizaba sus servicios en aquellos vivacs, en aquellas marchas que desafiaban la inclemencia del tiempo y los obstáculos de la naturaleza? ¿De qué facultades disponía para que no les faltaran víveres, recorriendo un territorio enemigo, pasando pueblos sublevados en su contra y campos asolados por los realistas? Esa obra admirable de Sucre, será, seguramente, estudiada para aprovechar sus enseñanzas, porque es la base del monumento de su gloria inmarcesible.

En el Ejército Español, es también indiscutible que el crédito que disputaban los Generales Canterac, Valdez y Monet, era muy justificado. Los tres, en las guerras de la Península y, luego, en las primeras campañas del Alto y del Bajo Perú, habían demostrado sobresalientes condiciones de mando, ilustrando sus nombres con brillantes victorias debidas a la sabia conducción de sus tropas y a sus indiscutibles talentos.

Las tropas españolas habían probado de cuánto eran capaces en las batallas de Ica, de Torata, de Moquegua, del Desaguadero y de Zepita. Habían, además, dado pruebas excepcionales de resistencia y de moral, en aquellas inusitadas marchas y contramarchas realizadas en dos años de incesantes movilizaciones.

En todo ese tiempo, habían afirmado sus condiciones morales, su inquebrantable adhesión al régimen realista, manteniendo fervoroso el odio contra Bolívar y sus tropas, incrementando constantemente por la acción enemiga de los pueblos del Perú a la obra de los colombianos.

Por otro lado, tres días antes, con la sorpresa de Corpahuayco, habían arrancado al Ejército Libertador sus parques y cañones, causándoles además, numerosas víctimas.

En la misma Batalla de Ayacucho, demostraron valor, disciplina e inquebrantable lealtad a sus Jefes y a su bandera.

No es, pues, del caso, discutir ni mucho menos aceptar la opinión de algunos historiadores, enemigos de la obra de libertad realizada en el Perú que, al referirse al Ejército Realista, pretenden encontrar en él, elementos heterogéneos. Pues, si en verdad, en sus filas militaban soldados españoles y criollos, peruanos y argentinos, era evidente que todos ellos se habían identificado en sus aspiraciones, y que hermanos por la raza y por sus ideales, luchaban con el fervor y entusiasmo que movían sus banderas.

A esas tropas, se les había visto recorrer de un extremo al otro el antiguo Virreynato del Perú, en persecución de los independientes. Esas mismas tropas habían destruido la obra de San Martín y de sus huestes libertadoras en múltiples y sangrientas batallas. Contaban con la adhesión de todas las poblaciones, de modo que, si les hubiera faltado decisión para continuar en las filas, habrían desertado en la seguridad y en la plena confianza de que quedarían a cubierto de la sanción de su delito.

Es constante que mucho antes de Ayacucho, los débiles, físicamente hablando, y los forzados por la recluta, ya habían desertado de las filas españolas, lo mismo que había sucedido, aún cuando en mayor escala, con las tropas del Perú, incorporadas voluntariamente antes de Junín, de Corpahuayco y de Ayacucho.

Las mermas, por deserciones, evidentemente fueron mayores en el campo realista, en los núcleos peruanos que lo constituían, pero tampoco dejaron de producirse en el campo Patriota, sin que fuesen tan

considerables, porque, formado por el Ejército Libertador, en su mayor parte de colombianos, en los cuales no era posible la deserción, ya por sus virtudes morales, ya por encontrarse muy lejos de su país, era lógico que aquellos invictos soldados permanecerían en las filas hasta la última jornada.

Además, un espíritu distinto informaba el alma de los contendores.

Los independientes se inspiraban en los más altos ideales humanos: libertad, igualdad, fraternidad, justicia e independencia, en tanto que los realistas defendían el coloniaje y la dominación extranjera en pueblos que ya habían madurado lo suficiente para proclamar su soberanía y disfrutar de la libertad, el don máspreciado de los hombres.

La moral del Ejército Patriota, fue, en realidad, la causa determinante de la victoria. Sus aspiraciones de libertad y de independencia, sus ideales de redención y de justicia, justificaban su ímpetu ofensivo y su valor extraordinario, que les hacía despreciar la muerte en sus ataques temerarios. El General Córdova, matando su caballo para no tener medios de escapar, es apenas un símbolo de la moral que animaba al glorioso Ejército Libertador. No sólo se clamaba victoria o muerte, sino que de antemano se había hecho el sacrificio de la vida por la Patria y la Libertad. Soldados de tan elevada moral no podían menos que triunfar como triunfaron.

Es una característica en el Ejército Independiente el ímpetu en los ataques, observándose el culto de la más pura audacia y del más elevado y fervoroso valor, que llevaba a los soldados a realizar proezas del más alto concepto moral.

En el campo independiente, se tenía una profunda fe en los destinos de América y se peleaba en la firme convicción de que el Derecho y la Justicia llegarían a ser pronto su patrimonio, en tanto que las tropas realistas discutían con las armas el afianzamiento de

un sistema que encontraba su origen en la crueldad de un grupo de conquistadores y en dominios de señores y virreyes, amasados con la sangre de indefensos indígenas y en la explotación y en la ignorancia en que sistemáticamente se había mantenido a esos pueblos.

Luego, los dos comandos eran tan substancialmente diferentes como las banderas que conducían y los principios que reclamaban.

Bolívar no tenía, no podía tener contendores. Era un Genio, uno de aquellos prohombres que aparecen en el curso de los siglos, adornados de condiciones excepcionales para dar nuevos rumbos a la civilización, a la guerra, o a la libertad.

Para encontrar un rival de Bolívar, habría sido preciso la resurrección de un Aníbal, de un César, o la presencia de un Napoleón Bonaparte.

En Junín su espada dió el primer corte al dominio español, en el Perú y en Ayacucho, su espíritu iluminó la mente de Sucre, y fue él, el Sol que iluminaba la Victoria y entre cuyos destellos se combatía bajo su Genio, bajo su égida y bajo sus fructíferas enseñanzas.

Ayacucho no fue una victoria debida al azar, fue la lógica consecuencia de la brillante conducción de las tropas, del Genio que las mandaba y de la magnífica calidad de aquellos soldados cuyos ataques tenían el ímpetu de un torrente, siendo eficaces en su oportunidad e irresistibles en su ejecución, practicados siempre en el momento preciso y en el lugar adecuado.

Para que la manifiesta superioridad numérica del Virrey, hubiera influido un tanto más, con alguna ventaja, en las faldas del Condorcunca, se hubiera debido asumir una actividad defensiva, esperando tomar la contra ofensiva en el momento oportuno, al abrigo del terreno. Mas, al atacar perdió sus favores y sufriendo sus tropas la atracción irresistible que

supo imprimirlas el Genio de Sucre, su derrota fue la consecuencia lógica y natural para bien de América y bien de la humanidad.

La situación del Ejército del Virrey, dificulta, por sí mismo, el empleo de la caballería en el campo de batalla, el que cortado por profundos barrancos y cubierto de vegetación, y pendiente en las faldas del Condorcunca, imposibilitaba, de hecho, la acción ofensiva de reconocimiento proyectada contra el Ejército Libertador.

En cuanto a la artillería, llama también sobre manera la atención el que los Generales españoles y el Brigadier Cacho, que la mandaba, por conocer el empleo del arma, como artillero que era, no hubiesen sabido sacar ventaja alguna de su arma poderosa, si se considera que en el campo independiente se contaba con una sola pieza y escasas municiones. Los cañones españoles no rindieron, en efecto, provecho alguno a pesar de su superioridad por su inoportuno empleo y su inadecuado emplazamiento.

Los resultados de la Batalla de Ayacucho fueron, en realidad, enormes: quedaron prisioneros dos Tenientes Generales, 4 Mariscales, 10 Generales de Brigada, 16 Coroneles y cerca de 3.000 entre oficiales, clases y soldados; los once cañones, miles de fusiles, más todo el material y los elementos de guerra.

Murieron 1.000 soldados realistas, quedando heridos en el campo, 800. El Ejército Libertador perdió como 500 hombres.

La persecución les causó un total desastre, destrozándose así, completamente, el Ejército del Virrey, que pocas horas antes contaba con 9.000 combatientes.

La acción duró apenas 90 minutos, prolongándose la persecución hasta la tarde del día 9 de Diciembre de 1824, día de gloria inmarcesible para el Ejército Libertador y los pueblos redimidos por sus armas.

IX

La Batalla de Ayacucho tuvo, además, influencias de orden político, social y económico para el mundo entero.

En el orden político, su influencia puede ser comparable a la que ejerció en el siglo XV, el descubrimiento de la América por el Magno Cristóbal Colón y la conquista sucesiva del elemento hispano.

En efecto, si la obra de Colón fue de admirable trascendencia geográfica y de singular provecho para el Imperio del Rey Carlos V, quien desde entonces extendiera sus dominios hasta donde no se pusiera el sol; en cambio Ayacucho abre las puertas de América al mundo entero. Ya desde entonces, el Continente de Colón, no sería la tierra dominada por España, dueña y señora de sus riquezas; la dependencia administrativa y comercial de la Península, única Nación cuyos bajeles podían surcar nuestros mares, cuyos solos libros podrían iluminar nuestras inteligencias y cuyas únicas mercancías podían ser adquiridas por los colonos, cuyas riquezas, cuyo viejo patrimonio habían pasado a ser propiedad exclusiva de España, que, en cambio de una cultura que no respondía a la época ni era digna de las civilizaciones de la prehistoria americana, arrancaba a nuestro suelo sus ingentes capitales, amasados en tiempo y en épocas milenarias por pueblos de una cultura superior en muchos aspectos a la de los pueblos de las civilizaciones orientales.

Desde principios de la guerra de la independencia, Bolívar realiza una obra de conocimiento y de acercamiento de las naciones de la vieja Europa, con los pueblos jóvenes de América. Sus ideales pasan las fronteras y dominan los mares y desde su juramento de libertad en el Aventino, sus conversaciones con Miranda, sus conferencias con los Ministros de Inglaterra, sus discursos en las logias libertadoras,

Bolívar trata de despertar la conciencia humana hacia la América que para muchos era una ilusión perdida en las brumas de las fantasías indianas y para la mayor parte de los pueblos una colonia cerrada por la dominadora España a todas las razas, los pueblos y las civilizaciones.

Ayacucho irradia con su luz poderosa en los ámbitos del mundo; proclama la potencialidad de un Continente en el cual yacían trescientos años algunos millones de seres en un vasallaje sin precedentes. Se conocían en verdad desde veinte años atrás las tendencias de libertad de los americanos; pero, si era verdad que algunos puñados de ingleses, franceses e italianos, de aquellos que habían hecho un deber luchar por la libertad de los hombres, donde quiera que hubiese esclavos que redimir, habían acudido a formar en las filas de la revolución americana, en cambio los gobiernos continuaban siendo indiferentes a la obra de América, cuyos primeros ecos apenas encontraban resonancia en Europa, conmovida por el más genial de los guerreros, Napoleón.

Con Ayacucho se afirma la independencia de la Argentina y Chile, que pueden descansar sus armas y abrir sus fértiles campos a la inmigración que luego habría de colocarlos en situación eminente; Ayacucho hace posible la existencia de Bolivia y del Perú, la existencia positiva de la Gran Colombia en los días de Bolívar; México por el Norte y Brasil en la del Sur pueden iniciar su camino hacia el progreso evitando que todos los pueblos americanos continuaran con los sistemas monárquicos en la libre América.

En el orden social, Ayacucho es el hundimiento de una montaña que durante trescientos años, desde el sacrificio de Atahualpa, de Moctezuma, de Caupolicán, habían sin cesar aplastado en América, inteligencias, corazones, justicia, libertad, igualdad, humanidad y fraternidad; desde Ayacucho, realistas e independientes, los enemigos irreconciliables de

ayer, son los hermanos hoy de América; desde Ayacucho en todos los pueblos redimidos, nace un sentimiento uniforme de nacionalización y de independencia, que sin constar en la liga Anfictiónica ideada por Bolívar, habría de ser el más seguro resguardo de su existencia y el lazo de unión que había de encontrarlos listos y unidos para oponerse a cuanto obstara su programa de libertad, cuyas bases milenarias estaban soldadas con la sangre de un millón de soldados muertos por la libertad de América.

En el orden económico universal, Ayacucho hace posible la internacionalización del comercio; desde entonces a los pueblos de América llegaron navíos de todas las banderas, productos de todas las regiones, efectos de todas las industrias, libros de todas las inteligencias, misioneros de todas las iglesias; a la vez que la América envía a Europa los productos de su suelo, las riquezas de sus minas, los cultivos de su tierra, los primores de sus bosques y a la vez que americanos irán a Europa en busca de cultura, sabios del mundo entero visitarán América en exploraciones científicas que en forma incontrovertible han concurrido a dar al mundo una idea más cabal y a despejar múltiples incógnitas del gran programa universal.

Así, Ayacucho es una batalla en la que luchan la libertad y el vasallaje; la monarquía y la democracia; los nativos americanos y los dominadores españoles; tendencias modernas y prolongaciones de la inquisición, la justicia y la arbitrariedad; el pensamiento libre y la implacable tiranía; no es sólo una batalla de la libertad como Maratón, no es sólo una batalla de la civilización, como Salamina; no sólo es la batalla de la democracia como Valmy; Ayacucho es la batalla universal porque desde las alturas del Condorcunca se llama a todos los pueblos y a todas las civilizaciones, a compartir con los americanos los beneficios de un Continente pletórico de riquezas y

que desde entonces sería un emporio del cual se alimentarían las naciones del viejo mundo, con los ideales de los pueblos jóvenes, con las inspiraciones de su democracia y con los principios ideológicos que informan todas sus aspiraciones de derechos de la humanidad, del honor, de la justicia y de la libertad. (1)

General Angel Isaac Chiriboga N.

Entre las 5 o 6 de la noche del día de la batalla, los Generales españoles discutían, azotados por los vientos y el frío de las alturas del Condorcunca, a las que habían trepado impulsados por la persecución, sobre el término que cabría darse al fin manifiesto de la guerra. Algunos opinaron por marchar a unirse con el disidente General Olañeta, atraerlo a las banderas del Rey y continuar la guerra; pero aquello era un ideal irrealizable. El poderoso Ejército del Virrey que, horas antes, entusiasmaba a sus Generales, ya no existía, pues, había sido destruído totalmente por el Ejército de Sucre.

Quedaba, pues, la realidad y ella aconsejaba una capitulación inmediata, tan amplia como la impusiera el General en Jefe vencedor, que era, felizmente, el soldado más generoso y ecuaníme, el más hidalgo y justiciero de cuantos militaban a las órdenes del Libertador Bolívar.

En efecto, la capitulación es un monumento eterno de su generosidad.

Pocas horas después de la victoria, el General Sucre dió al Ejército esta Proclama:

(1) Autores consultados: O'Leary, Restrepo, Baralt y Díaz, Torrente, García Camba, Miller, López, Ramallo, Galindo, Bonilla, Villanueva, Lecuna, Cevallos, Archivos Santander, Estudios de Larreta.

ANTONIO JOSE DE SUCRE,

Comandante en Jefe del Ejército Unido Libertador del Perú

¡Soldados! Sobre el campo de Ayacucho habéis completado la empresa más digna de vosotros. Seis mil bravos del Ejército Libertador han sellado con su constancia y con su sangre la Independencia del Perú y de la América. Los diez mil soldados españoles, que vencieron catorce años en esta República, están humillados a vuestros pies.

¡Peruanos! Sois los escogidos de vuestra Patria. Vuestros hijos, las más remotas generaciones del Perú, recordarán vuestros nombres, con gratitud y orgullo.

¡Colombianos! Del Orinoco al Desaguadero habéis marchado en triunfo, dos naciones os deben su existencia: vuestras armas las ha destinado la victoria para garantizar la libertad del nuevo mundo. Cuartel General en Ayacucho, a 10 de Diciembre de 1824.

(f.) A. J. de Sucre

EL PERU LIBRE

El General Sucre envía
al Libertador una copia de la Capitulación

Ejército Unido Libertador.—Cuartel General, en Ayacucho, a 10 de Diciembre de 1824.—Al Excmo. señor **Simón Bolívar**, Libertador de Colombia y Dictador del Perú.—Excmo. señor: El Tratado que tengo el honor de elevar a V. E., firmado sobre el campo de batalla, en que la sangre del Ejército Libertador aseguró la Independencia del Perú, es la garantía de la paz de esta República, y el más brillante resultado de la victoria de Ayacucho. El Ejército

Unido siente una inmensa satisfacción al presentar a V. E. el territorio completo del Perú sometido a la autoridad de V. E. antes de cinco meses de campaña. Todo el Ejército Real, todas las provincias que éste ocupaba en la República, todas sus plazas, sus parques, almacenes, y quince Generales españoles son los trofeos que el Ejército Unido ofrece a V. E. como gajes que corresponden al ilustre salvador del Perú, que desde Junín señaló al ejército los campos de Ayacucho para completar las glorias de las armas libertadoras. Dios guarde a V. E., Antonio José de Sucre.— **Adición.**— Una circunstancia notable he olvidado en mi parte a V. E. Según los estados tomados al enemigo, contaba éste disponibles en el campo de batalla nueve mil trescientos diez hombres, mientras el Ejército Libertador formaban sólo cinco mil setecientos ochenta.—Sucre.

La Capitulación de Ayacucho

“Don José Canterac, Teniente General de los reales ejércitos de S. M. C., encargado del mando superior del Perú, por haber sido herido y prisionero en la batalla de este día el Excelentísimo señor Virrey don José de La Serna; habiendo oído a los señores Generales y Jefes que se reunieron después que el ejército español, llenando en todo sentido cuanto ha exigido la reputación de sus armas en la sangrienta jornada de Ayacucho y en toda la guerra del Perú, ha tenido que ceder el campo a las tropas independientes; y debiendo conciliar a un tiempo el honor a los restos de estas fuerzas, con la disminución de los males del país, he creído conveniente proponer y ajustar con el señor General de División de la República de Colombia, Antonio José de Sucre, Comandante en Jefe del Ejército Unido Libertador del Perú, las condiciones que contienen los artículos siguientes;

1º El territorio que guarnecen las tropas españolas en el Perú será entregado a las armas del Ejército Libertador hasta el Desaguadero, con los parques, maestranzas y todos los almacenes militares existentes.

1º Concedido; y también serán entregados los restos del ejército español, los bagajes y caballos de tropas, las guarniciones que se hallen en todo el territorio y demás fuerzas y objetos pertenecientes al gobierno español.

2º Todo individuo del ejército español podrá libremente regresar a su país, y será de cuenta del Estado del Perú costearle el pasaje, guardándole entre tanto la debida consideración y socorriéndole a lo menos con la mitad de la paga que corresponde mensualmente a su empleo, interin permanezca en el territorio.

2º Concedido; pero el gobierno del Perú sólo abonará las medias pagas mientras proporcione transportes. Los que marcharen a España no podrán tomar las armas contra la América mientras dure la guerra de la independencia, y ningún individuo podrá ir a punto alguno de la América, que esté ocupado por las tropas españolas.

3º Cualquier individuo de los que componen el ejército español será admitido en el del Perú en su propio empleo, si lo quisiere.

3º Concedido.

4º Ninguna persona será incomodada por sus opiniones anteriores, aún cuando haya hecho servicios señalados a favor de la causa del Rey, ni los conocidos por pasados; en este concepto, tendrán derecho a todos los artículos de este Tratado.

4º Concedido, si su conducta no turbare el orden público, y fuere conforme a las leyes.

5º Cualquier habitante del Perú, bien sea europeo o americano, eclesiástico o comerciante, propietario o empleado, que le acomode trasladarse

a otro país, podrá verificarlo en virtud de este convenio, llevando consigo a su familia y propiedades, prestándole el Estado proporción hasta su salida; si eligiere vivir en el país, será considerado como los peruanos.

5º Concedido, respecto a los habitantes en el país que se entrega y bajo las condiciones del artículo anterior.

6º El Estado del Perú respetará igualmente las propiedades de los individuos españoles que se hallaren fuera del territorio, de las cuales serán libres de disponer en el término de tres años, debiendo considerarse en igual caso las de los americanos que no quieran trasladarse a la Península, y tengan allí intereses de su pertenencia.

6º Concedido, como en el artículo anterior, si la conducta de estos individuos no fuese de ningún modo hostil a la causa de la libertad y de la Independencia de América, pues en caso contrario, el gobierno del Perú obrará libre y discrecionalmente.

7º Se concederá el término de un año para que todo interesado pueda usar del Art. 5º y no se le exigirá más derechos que los acostumbrados de extracción, siendo libres de todo derecho las propiedades de los individuos del ejército.

7º Concedido.

8º El Estado del Perú reconocerá la deuda contraída hasta hoy por la hacienda del gobierno español en el territorio.

8º El Congreso del Perú resolverá sobre este artículo lo que convenga a los intereses de la República.

9º Todos los empleados quedarán confirmados en sus respectivos destinos, si quieren continuar en ellos, y si alguno o algunos, no lo fueren o prefiriesen trasladarse a otro país, serán comprendidos en los Arts. 2º y 5º

9º Continuarán en sus destinos los empleados que el gobierno guste confirmar, según su comportsación.

10. Todo individuo del ejército o empleado que prefiera separarse del servicio, y quedare en el país, lo podrá verificar, y en este caso sus personas serán sagradamente respetadas.

10. Concedido.

11. La plaza del Callao será entregada al Ejército Unido Libertador, y su guarnición será comprendida en los artículos de este Tratado.

11. Concedido; pero la plaza del Callao con todos sus enseres y existencias, será entregada a disposición de S. E. el Libertador dentro de veinte días.

12. Se enviarán jefes de los ejércitos Español y Unido Libertador a las provincias unidas para que los unos reciban y los otros entreguen los archivos, almacenes, existencias y las tropas de las guarniciones.

12. Concedido; comprendiendo las mismas formalidades en la entrega del Callao. Las provincias estarán del todo entregadas a los jefes independientes en quince días, y los pueblos más lejanos en todo el presente mes.

13. Se permitirá a los buques de guerra y mercantes españoles hacer víveres en los puertos del Perú, por el término de seis meses después de la notificación de este convenio, para habilitarse y salir del mar Pacífico.

13. Concedido; pero los buques de guerra sólo se emplearán en sus aprestos para marcharse, sin cometer ninguna hostilidad, ni tampoco a su salida del Pacífico; siendo obligados a salir de todos los mares de la América, no pudiendo tocar en Chiloé, ni en ningún puerto de América ocupado por los españoles.

14. Se dará pasaporte a los buques de guerra y mercantes españoles, para que puedan salir del Pacífico hasta los puertos de Europa.

14. Concedido; según el artículo anterior.

15. Todos los jefes y oficiales prisioneros en la batalla de este día, quedarán desde luego en libertad, y lo mismo los hechos en anteriores acciones por uno y otro ejército.

15. Concedido; y los heridos se auxiliarán por cuenta del erario del Perú hasta que, completamente restablecidos, dispongan de su persona.

16. Los Generales, Jefes y Oficiales conservarán el uso de sus uniformes y espadas; y podrán tener consigo a su servicio los asistentes correspondientes a sus clases, y los criados que tuvieren.

16. Concedido; pero mientras duren en el territorio estarán sujetos a las leyes del país.

17. A los individuos del ejército, así que resolvieren sobre su futuro destino en virtud de este convenio, se les permitirá reunir sus familias e intereses o trasladarse al punto que elijan, facilitándoles pasaportes amplios para que sus personas no sean embarazadas por ningún estado independiente hasta llegar a su destino.

17. Concedido.

18. Toda duda que se ofreciere sobre alguno de los artículos del presente Tratado, se interpretará a favor de los individuos del ejército español.

18. Concedido; esta estipulación reposará sobre la buena fe de los contratantes.

Y estando concluidos y ratificados, como de hecho se aprueban y ratifican estos convenios, se formarán cuatro ejemplares, de los cuales dos quedarán en poder de cada una de las partes contratantes para los usos que les convenga.

Dados, firmados de nuestras manos en el campo de Ayacucho, el 9 de Diciembre de 1824.

José Canterac.—Antonio José de Sucre,

El General Sucre

da cuenta de la victoria, al Libertador Bolívar:

“Está concluída la guerra, mi General, y completada la libertad del Perú. Estoy más contento por haber llenado la comisión de usted por nada. La orden que me trajo Medina para poder librar una batalla, me ha sacado de apuros, pues en la retirada de las inmediaciones del Cuzco hasta Huamanga al frente del enemigo, teniendo que presentar un combate cada día, ha sufrido mucho, mucho, mi espíritu, he tenido mucho que pensar, y ha padecido mi cabeza más que demasiado.

“Mañana irá el ejército para Huamanga a reposarse un par de días y seguirá luego por divisiones para el Cuzco para irnos a entender con Olañeta, sobre quien me dicen estos señores que no tienen autoridad para hacerlo entrar en la capitulación. Creo que para terminar esto con un cuerpo de 6.000 contra 3.000 (que me asegura Canterac ser toda la fuerza de Olañeta), basta cualquiera, y por tanto me atrevo a suplicar a Ud. por mi relevo y el permiso de regresarme, puesto que ya se ha terminado el negocio este. Confieso a Ud. que estos días de trabajos y con las órdenes de Tarma, ha sufrido infinitamente mi espíritu.

“He creído una justicia nombrar al General Córdova sobre el campo de batalla, y a nombre de Ud. y de Colombia, General de División, y también a Lara, por sus servicios en la campaña. Córdova se ha portado divinamente: él decidió la batalla.

“Creo que Carvajal, Silva y Sandes deben ser Generales de Brigada.

“He concedido otras promociones que he creído deben estimular al ejército, y de todo le daré cuenta. Si he hecho mal, mi General, dispéñeme. Me he creído autorizado por la amistad de Ud., por la justicia y

El General Sucre

da cuenta de la victoria, al Libertador Bolívar:

“Está concluída la guerra, mi General, y completada la libertad del Perú. Estoy más contento por haber llenado la comisión de usted por nada. La orden que me trajo Medina para poder librar una batalla, me ha sacado de apuros, pues en la retirada de las inmediaciones del Cuzco hasta Huamanga al frente del enemigo, teniendo que presentar un combate cada día, ha sufrido mucho, mucho, mi espíritu, he tenido mucho que pensar, y ha padecido mi cabeza más que demasiado.

“Mañana irá el ejército para Huamanga a reposarse un par de días y seguirá luego por divisiones para el Cuzco para irnos a entender con Olañeta, sobre quien me dicen estos señores que no tienen autoridad para hacerlo entrar en la capitulación. Creo que para terminar esto con un cuerpo de 6.000 contra 3.000 (que me asegura Canterac ser toda la fuerza de Olañeta), basta cualquiera, y por tanto me atrevo a suplicar a Ud. por mi relevo y el permiso de regresarme, puesto que ya se ha terminado el negocio este. Confieso a Ud. que estos días de trabajos y con las órdenes de Tarma, ha sufrido infinitamente mi espíritu.

“He creído una justicia nombrar al General Córdova sobre el campo de batalla, y a nombre de Ud. y de Colombia, General de División, y también a Lara, por sus servicios en la campaña. Córdova se ha portado divinamente: él decidió la batalla.

“Creo que Carvajal, Silva y Sandes deben ser Generales de Brigada.

“He concedido otras promociones que he creído deben estimular al ejército, y de todo le daré cuenta. Si he hecho mal, mi General, dispéñeme. Me he creído autorizado por la amistad de Ud., por la justicia y

por la victoria. Si en Colombia lo desaprueban, que hagan lo que quieran, pero cuando he visto que Ud. quiere desatenderse del ejército, no he podido renunciar a los premios debidos a aquellos que han dado en una batalla la libertad del Perú y la paz a la América.

“Luque, Silva y León están heridos. León, malamente.

“En el ejército del Perú he concedido algunos grados a nombre de Ud.

“Junín” se ha portado divinamente. “Pichincha” cargó en masa a la caballería española, y merece algo. “Caracas” se estrelló contra las masas enemigas, y es justo distinguirlo. “Voltijeros”, “Bogotá”, lo hicieron bien, como también los cuerpos de la División que eran de la reserva.

“Creo que Otero merece ser General de Brigada: me ha servido mucho; él pudiera ser Prefecto de Arequipa, y lo recomiendo. Nombre Ud. los Prefectos y empleados de todos los Departamentos, pues ya todo es nuestro y hacen falta en sus destinos. Gamarra quedará en el Cuzco, como Ud. dijo.

“Creo, mi General, que Ud. dará una medalla o premio al ejército por esta batalla; yo quisiera que el ejército de Colombia tuviera una particular; pues la merece. Si Ud. insiste en desatenderse de las cosas del ejército de Colombia, dígame si puedo darla a nombre del Gobierno, fundándome en la consideración 3ª del Congreso, en la Ley de 28 de Julio. Cada vez me convenzo más de que necesitamos tener este ejército entusiasmado y pronto para llevar el orden a Colombia, si fuere perturbado por partidas.

“Como hemos ahorrado los cien mil pesos del contingente de Noviembre, los ofrecí al ejército de regalo después de la victoria, y de cumplir mi oferta sin falta. Hágamelos Ud. mandar. Usted me dijo que los ciento ochenta mil pesos que venían del Cerro servirían para Noviembre y Diciembre. Con los

ochenta mil se pagarán los gastos de Noviembre y los cien mil cubrirían mis compromisos.

“Son necesarias explicaciones claras sobre la conducta del ejército en el Alto Perú. Estas cosas son delicadas.

“No he podido sacar que nos entreguen a Chiloé. Dice Canterac que no obedecería su orden, sino haría lo que les dé la gana, como hasta aquí, y que sólo serviría esto para echarse un nuevo compromiso con su Gobierno. En consecuencia, he exigido que el Asia no vaya a Chiloé, sino que se largue del Pacífico, como le dirá a Ud. Medina. Me olvidaba decirle que he ofrecido a Medina el grado de Coronel, porque se ha portado como siempre, es justísimo dárselo. Alarconcito merece algo: ha trabajado bien conmigo.

“Adiós, mi General. Esta carta está muy mal escrita y embarrulladas todas las ideas; pero en sí vale algo: contiene una: la noticia de una gran victoria y la libertad del Perú. Por premio para mí, pido a Ud. me conserve su amistad”.

Parte del General

Antonio José de Sucre, sobre la Batalla de Ayacucho

“Señor Ministro de Guerra:

Las tres Divisiones del ejército quedaron desde el 14 al 19 de Noviembre situadas en Talavera, San Jerónimo y Andahuailas, mientras los enemigos continuaban sus movimientos sobre nuestra derecha. Por la noche del 18 supe que el mayor número de los cuerpos enemigos se dirigía a Huamanga, y dispuse que el ejército marchase para buscarlos.

El 19, nuestras partidas se batieron en el puente de Pampas con un cuerpo enemigo, y el 20 al llegar a Uripa, se divisaron tropas españolas en las alturas de Bombón. Una compañía de Húsares de Colombia, y la primera de Rifles, con el señor Coronel Silva, se destinaron a reconocer estas fuerzas, que, constando de tres compañías de cazadores, fueron desalojadas y obligadas a repasar el río de Pampas, donde se encontró a todo el Ejército Real, que había cortado perfecta y completamente nuestras comunicaciones, situándose a la espalda.

Siendo difícil pasar el río e imposible forzar las posiciones enemigas, nuestro ejército quedó en Euripa y los españoles en Concepción, estando a la vista. El 21, 22 y 23 el encuentro de las descubiertas nos fue siempre ventajoso. El 24 los enemigos levantaron su campo en marcha hacia Vilcas-Huaman, y nuestro ejército vino sobre las alturas de Bombón hasta el 30, que, sabiéndose que los enemigos venían por la noche a la derecha del Pampas, por Uchabambas, a flanquear nuestras posiciones, me trasladé a la izquierda del río para cubrir nuestra retaguardia.

Los españoles, al sentir este movimiento, repasaron rápidamente la izquierda del Pampas; pero nuestros cuerpos acababan de llegar a Matará, en la mañana del 2, cuando el español se avistó sobre las alturas. Aunque nuestra posición era mala, presentamos la batalla; pero fue excusada por el enemigo, situándose en unas breñas no sólo inatacables, sino inaccesibles; el 3 el enemigo hizo un movimiento indicando el combate, y se le presentó la batalla; pero dirigiéndose sobre las inmensas alturas de la derecha, amenazaba tomar nuestra retaguardia. Antes había sido indiferente al ejército dejar al enemigo a nuestra espalda; pero la posición de Matará después de ser mala, carecía de recursos, era por tanto necesario seguir la retirada a Tambo Cangallo.

Nuestra marcha se rompió muy oportunamente para salvar la difícil quebrada de Corpahuayco antes que llegase el cuerpo del ejército enemigo; mas éste había adelantado, desde muy de mañana y encubiertamente, cinco batallones y cuatro escuadrones a ponerse en este paso impenetrable.

Nuestra infantería de vanguardia, con el señor General Córdova, y la del centro con el señor General La Mar, habían pasado la quebrada, cuando esta fuerza enemiga cayó bruscamente sobre los batallones Vargas, Vencedores y Rifles, que cubrían la retaguardia con el señor General Lara; pero los dos primeros pudieron cargarse a la derecha, sirviéndose de sus armas para abrirse paso, y Rifles, en una posición tan desventajosa, tuvo que sufrir los fuegos de la artillería y el choque de todas las fuerzas; mas, desplegando la serenidad e intrepidez que han distinguido siempre a este cuerpo, pudo salvarse.

Nuestra caballería, bajo el señor General Miller, pasó por Chonta, protegida por los fuegos de Vargas, aunque siempre muy molestada por la infantería enemiga. Este desgraciado encuentro costó al Ejército Libertador más de 300 hombres, todo nuestro parque, que fue enteramente perdido, y una de nuestras dos piezas de artillería; pero él es el que ha valido al Perú su libertad.

El 4, los enemigos, engreídos de su ventaja, destacaron cinco batallones y seis escuadrones por las alturas de la izquierda a descabezar la quebrada, mostrando querer combatir.

La barranca de la quebrada de Corpahuayco permitía una fuerte defensa; pero el ejército deseaba a cualquier riesgo aventurar la batalla. Abandonándoles la barranca, me situé en medio de la gran llanura de Tambo Cangallo.

Los españoles, al subir la barranca, marcharon velozmente a los cerros enormes de nuestra derecha, evitando todo encuentro, y esta operación fue un

testimonio evidente de que ellos querían maniobrar y no combatir. Este sistema era el único que yo temía, porque los españoles se servían de él con ventaja, conociendo que el valor de sus tropas estaba en los pies, mientras el de las nuestras se hallaba en el corazón.

Creí, pues, necesario obrar sobre esta persuasión, y en la noche del 4 marchó el ejército al pueblo de Guaychao, pasando la quebrada de Accero, y cambiando así nuestra dirección. El 5 en la tarde se continuó la marcha a Acos-Vinchos, y los enemigos a Tambillo, hallándose siempre a la vista.

El 6 estuvimos en el pueblo de Quinua: los españoles, por una fuerte marcha a la izquierda, se colocaron a nuestra espalda en las formidables alturas de Pacaicasa. Ellos siguieron el 7 por la impenetrable quebrada de Huamanguilla, y al día siguiente a los elevados cerros de nuestra derecha, mientras nosotros estábamos en reposo. El 8 en la tarde quedaron situados en las alturas de Condorcunca a tiro de cañón de nuestro campo: algunas guerrillas que bajaron se batieron esa tarde y la artillería cruzó sus fuegos.

La aurora del día 9 vió estos dos ejércitos disponerse para decidir los destinos de una nación.

Nuestra línea formaba un ángulo: la derecha, compuesta por los batallones Bogotá, Voltijeros, Pichincha y Caracas, al mando del señor General Córdova. La izquierda, de los batallones 1º, 2º y 3º y legión peruana, bajo el muy ilustre señor General La Mar. El centro, los Granaderos y Húsares de Colombia, con el señor General Miller; y en reserva, los batallones Rifles, Vencedor y Vargas, al mando del señor General Lara.

Al reconocer los cuerpos, recordando a cada uno sus triunfos, su gloria, su honor y su patria, los vivas al Libertador y a la República resonaban por todas partes. Jamás el entusiasmo se mostró con más orgullo en la frente de los guerreros.

Los españoles, a su vez, dominando perfectamente la pequeña llanura de Ayacucho, y con fuerzas casi dobles, creían cierta su victoria. Nuestra posición, aunque dominada, tenía seguros sus flancos por unas barrancas, y por su frente no podía obrar la caballería enemiga de un modo uniforme y completo.

La mayor parte de la mañana fue empleada sólo con fuego de artillería y de los cazadores: a las diez del día, los enemigos situaban al pie de la altura cinco piezas de batalla, arreglando también sus masas al tiempo que estaba yo revisando la línea de nuestros tiradores. Dí a éstos la orden de forzar la posición en que colocaban la artillería, y fue ya la señal del combate.

Los españoles bajaron velozmente sus columnas, pasando las quebradas de nuestra izquierda los batallones Cantabria, Centro, Castro, 1º Imperial y dos escuadrones de Húsares con una batería de seis piezas, forzando demasiadamente su ataque por esa parte.

Sobre el centro formaban los batallones Burgos, Infante Victoria, Guías y el 2º del Primer Regimiento, apoyando la izquierda de éste con los tres escuadrones de la Unión: el de San Carlos, los cuatro de los Granaderos de la Guardia, y las cinco piezas de la Artillería ya situadas, y en la altura de nuestra izquierda, los batallones 1º y 2º de Gerona, 2º Imperial, 1º del Regimiento, el de Fernandinos y el escuadrón de Alabarderos del Virrey.

Observando que las masas del centro no estaban en orden aún, y que el ataque de la izquierda se hallaba demasiado comprometido, mandé al señor General Córdova que lo cargase rápidamente con sus columnas, protegido por la caballería del señor General Miller, reforzando a un tiempo al señor General La Mar, con el batallón Vencedor, y sucesivamente con Vargas.

Rifles quedaba en reserva para rehacer el combate donde fuera menester, y el señor General Lara recorría sus cuerpos en todas partes.

Nuestra masa de la derecha marchó, armas a discreción, hasta cien pasos de las columnas enemigas, en que, cargadas por ocho escuadrones españoles, rompieron el fuego: rechazarlos y despedazarlos con nuestra soberbia caballería, fue obra de un momento. La infantería continuó inalterablemente su carga, y todo plegó a su frente.

Entre tanto, los enemigos, penetrando por nuestra izquierda, amenazaban la derecha del señor General La Mar, y se interponían entre éste y el señor General Córdova, con dos batallones en masa; pero llegando en oportunidad, Vargas al frente, y ejecutando bizarramente los Húsares de Junín la orden de cargar por los flancos de estos batallones, quedaron disueltos.

Vencedor y los batallones 1º, 2º y 3º y Legión Peruana marcharon audazmente sobre los otros cuerpos de la derecha enemiga, que reuniéndose tras las barrancas presentaban nuevas resistencias; pero, reunidas las fuerzas de nuestra izquierda y precipitados a la carga, la derrota fue completa y absoluta.

El señor General Córdova trepaba con sus cuerpos la formidable altura de Condorcunca, donde se tomó prisionero al Virrey La Serna; el señor General La Mar salvaba en la persecución las difíciles quebradas de su flanco, y el señor General Lara, marchando sobre el centro, aseguraba el éxito.

Los cuerpos del señor General Córdova, fatigados del ataque, tuvieron la orden de retirarse, y fue sucedido por el señor General Lara, que debía reunirse en la persecución al señor General La Mar en los altos del Tambo.

Nuestros despojos eran ya más de mil prisioneros, entre ellos sesenta Jefes y Oficiales, catorce piezas de artillería, dos mil quinientos fusiles, muchos artículos de guerra, y perseguidos y cortados los

enemigos en todas direcciones, cuando el General Canterac, Comandante en Jefe del Ejército Español, acompañado del General La Mar, se me presentó a pedir una capitulación.

Aunque la posición del enemigo podía reducirlo a una entrega discrecional, creí digno de la generosidad americana conceder algunos honores a los rendidos, que vencieron catorce años en el Perú, y la estipulación fue ajustada sobre el campo de batalla en los términos que verá US. por el Tratado adjunto. Por él se han entregado todos los restos del Ejército Español, todo el territorio del Perú ocupado por sus armas, todas las guarniciones, los parques, almacenes militares y la plaza del Callao con sus existencias.

Se hallaban, por consecuencia, en este momento en poder del Ejército Libertador los Tenientes Generales La Serna y Canterac, los Mariscales Valdez, Carratalá, Monet y Villalobos, los Generales de Brigada Bedoya, Ferraz, Camba, Somocursio, Cacho, Atero, Landázuri, Vigil, Pardo y Tur, con dieciséis Coroneles, 68 Tenientes Coroneles, 484 Mayores y Oficiales, más de dos mil prisioneros de tropa. Inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones, y cuantos elementos militares poseían. Mil ochocientos cadáveres y setecientos heridos han sido, en la Batalla de Ayacucho las víctimas de la obstinación y de la temeridad españolas.

Nuestras pérdidas son de trecientos diez muertos y seiscientos nueve heridos:

Entre los primeros, el Mayor Duxbury, de Rifles; el Capitán Urquiola, de Húsares de Colombia; los Tenientes Oliva, de Granaderos de Colombia; Comenares y Ramírez, de Rifles; Bonilla, de Bogotá; Sevilla, de Vencedor; Prieto y Ramonet, de Pichincha.

Entre los segundos el bravo Coronel Silva, de Húsares de Colombia, que recibió tres lanzazos, cargando con extraordinaria audacia a la cabeza de

su regimiento; el Coronel Luque, que al frente del batallón Vencedor, entró a las filas españolas; el Comandante León, del batallón Caracas, que con su cuerpo marchó sobre una batería enemiga; el Comandante Blanco, del 2º de Húsares de Junín, que se distinguió particularmente; el señor Coronel Leal, contuso que a la cabeza de Pichincha, no sólo resistió las columnas de caballería enemiga, sino que las carga con su cuerpo; el Mayor Torres, de Voltijeros; y el Mayor Zornosa, de Bogotá, cuyos batallones conducidos por sus Comandantes Guasch y Galindo, trabajaron con extraordinaria audacia; los Capitanes Jiménez, Coquis, Doronsoro, Braun, Gil, Córdova y Ureña; los Tenientes Infante, Silva, Suárez, Vallarino, Otálora, French; los Subtenientes Galindo, Chabur, Rodríguez, Malavé, Jerán, Pérez, Calle, Marquina y Paredes, de la segunda división de Colombia; los Capitanes Landaeta, Troyano, Alcalá, Doronsoro, Granados y Miró; los Tenientes Pazaga y Ariscum, y el Subteniente Savino, de la primera división de Colombia; los Tenientes Otálora, Suárez, Ornas, Posadas, Miranda y Montoya; los Subtenientes Isa y Alvarado, de la División del Perú; los Tenientes Coroneles Castilla y Gerardino; Tenientes Moreno y Piedrahita, del Estado Mayor. Estos oficiales son muy dignos de una distinción singular.

El batallón Vargas, conducido por su denodado Comandante Morán, ha trabajado bizarramente; la Legión peruana, con su Coronel Plaza, sostuvo con gallardía su reputación; los batallones 2º y 3º del Perú con sus Comandantes González y Benavides, mantuvieron firmes sus puestos contra bruscos ataques; los cazadores del número 1º se singularizaron en la pelea, mientras el cuerpo estaba en reserva.

Los Húsares de Junín, conducidos por su Comandante Suárez, recordaron su nombre para brillar con un valor especial; los Granaderos de Colombia, destrozaron con una carga el famoso

Regimiento de la guardia del Virrey. El batallón Rifles, no entró en combate, escogido para reparar cualquier desgracia, recorría los lugares más urgentes, y su Coronel Sandes, los invitaba a vengar la traición con que fue atacado en Corpahuaico. Todos los cuerpos en fin, han llenado su deber cuanto podía desearse.

Con satisfacción cumplo con el agradable deber de recomendar a la consideración del Libertador, a la gratitud del Perú y al respeto de todos los valientes de la tierra, la serenidad con que el señor General La Mar ha rechazado todos los ataques a su flanco y aprovechado el instante de decidir la derrota; la bravura con que el señor General Córdova condujo sus cuerpos, y desbarató en un momento el centro y la izquierda enemiga; la infatigable actividad con que el señor General Lara atendía con su reserva a todas partes, y la vigilancia y oportunidad del señor General Miller para las cargas de la caballería.

Como el ejército todo ha combatido con una resolución igual al peso de los intereses que tenía a su cargo, es difícil hacer una relación de los que más han lidiado; pero he prevenido al señor General Gamarra Jefe de Estado Mayor General, que pase a US. originales las noticias enviadas por los cuerpos. Ninguna recomendación es bastante para significar el mérito de estos bravos.

Según los estados tomados al enemigo, sus fuerzas disponibles en esta jornada eran de 9.310 hombres, mientras el Ejército Libertador formaban 5.780.

Los españoles no han sabido qué admirar más, si la intrepidez de nuestras tropas en la batalla, o la sangre fría, la constancia, el orden y el entusiasmo en la retirada, desde las inmediaciones del Cuzco hasta Huamanga, al frente siempre del enemigo, corriendo una extensión de 80 leguas, y presentando frecuentes combates.

La campaña del Perú está terminada; su independencia y la paz de América se han firmado en este campo de batalla. El Ejército Unido cree que sus trofeos en la victoria de Ayacucho sean una oferta digna de la aceptación del Libertador de Colombia.

Cuartel General en Ayacucho, a 11 de Diciembre de 1824.

Dios guarde a US.—Antonio J. de Sucre.

Número de Combatientes:

Colombianos	4.500
Peruanos	1.200
Argentinos	80
	<hr/>
Son	5.780

Muertos:

Colombianos.—Jefes y Oficiales..	9
----------------------------------	---

Heridos:

Peruanos.—Jefes y Oficiales	18
Colombianos.—Jefes y Oficiales..	40

Entusiasmo del Libertador Bolívar y sus Proclamas al Ejército y Pueblo Peruanos

El Libertador henchido de entusiasmo, orgulloso de la victoria, de su predilecto Teniente, feliz de ver terminada en forma tan brillante la azarosa campaña del Perú y ganada de manera tan absoluta la Batalla de Ayacucho, se apresura a felicitar a sus bravos compañeros de armas, lanzando la siguiente Proclama, admirable bajo cualquier punto de vista que se le considere y fruto de la más sincera y espontánea manifestación de su espíritu, hacia Sucre y los heroicos soldados del Gran Ejército Libertador del Perú:

I

“¡Soldados! Habéis dado la libertad a la América Meridional, y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria. ¿Dónde no habéis vencido?

“La América del Sur está cubierta con los trofeos de vuestro valor, pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta su cabeza erguida sobre todos.

“¡Soldados! Colombia os debe la gloria que nuevamente le dais. El Perú, vida, libertad y paz. La Plata y Chile también os son deudores de inmensas ventajas. La buena causa, la causa de los derechos del hombre, ha ganado con vuestras armas su terrible contienda contra los opresores. Contemplad, pues, el bien que habéis hecho a la humanidad con vuestros heroicos sacrificios.

“¡Soldados! Recibid la ilimitada gratitud que os tributo a nombre del Perú. Yo os ofrezco igualmente que seréis recompensados como merecéis antes de volveros a vuestra hermosa patria. Mas no... Jamás

seréis recompensados dignamente: vuestro servicio no tiene precio.

“¡Soldados peruanos! Vuestra patria os contará siempre entre los primeros salvadores del Perú.

“¡Soldados colombianos! Centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo.

II

“¡Peruanos! El Ejército Libertador, a órdenes del intrépido y experto General Sucre, ha terminado la guerra del Perú y aún del Continente Americano, por la más gloriosa victoria de cuantas han obtenido las armas del Nuevo Mundo. Así, el ejército ha llenado la promesa que a su nombre os hice de completar en este año la libertad del Perú.

“¡Peruanos! Es tiempo de que os cumpla la palabra que os dí, de arrojar la palma de la dictadura el día mismo en que la victoria decidiese de vuestro destino. El Congreso del Perú será, pues, reunido el 10 de Febrero próximo, aniversario del decreto en que se me confió esta suprema autoridad, que devolveré al Cuerpo Legislativo que me honró con su confianza. Esta no ha sido burlada.

“¡Peruanos! El Perú había sufrido grandes desastres militares. Las tropas que le quedaban ocupaban las provincias libres del Norte y hacían la guerra al Congreso; la Marina no obedecía al Gobierno; el ex-Presidente Riva Agüero, usurpador, y rebelde traidor a la vez, combatía a su Patria y a sus aliados; los auxiliares de Chile, por el abandono lamentable de nuestra causa, nos privaron de sus tropas, y las de Buenos Aires, sublevándose en el Cal'ao contra sus Jefes, y llamando a los españoles para que ocupasen esta capital, completó la destrucción del Perú. La discordia y la miseria, el

descontento y el egoísmo reinaban por todas partes. Ya el Perú no existía; todo estaba disuelto. En estas circunstancias, el Congreso me nombró dictador para salvar las reliquias de su esperanza.

“La lealtad, la constancia y el valor del ejército de Colombia lo han hecho todo. Las provincias que estaban por la guerra civil reconocieron al Gobierno legítimo y han prestado inmensos servicios a la patria, y las tropas que las defendían se han cubierto de gloria en los campos de Junín y Ayacucho. Las facciones han desaparecido del ámbito del Perú. Esta capital ha recobrado para siempre su hermosa libertad; la plaza del Callao está sitiada y debe rendirse por capitulación.

“¡Peruanos! La paz ha sucedido a la guerra; la unión, a la discordia; el orden, a la anarquía, y la dicha al infortunio. Pero no olvidéis jamás, os ruego, que a los ínclitos vencedores de Ayacucho lo debéis todo.

“¡Peruanos! el día que se reúna vuestro Congreso será el de mi gloria, el día en que se colmarán los más vehementes deseos de mi ambición.

¡No mandar más!”

El Libertador recompensa al Ejército Victorioso

“**Simón Bolívar**, Libertador Presidente de la República de Colombia, Encargado del Poder Dictatorial de la de Perú, etc., etc.—**Considerando:** 1º Que el Ejército Unido Libertador, vencedor en Ayacucho, ha dado la libertad al Perú; 2º Que esta gloriosa batalla se debe exclusivamente a la habilidad, valor y heroísmo del General en Jefe Antonio José de Sucre y demás Generales, Jefes, Oficiales y Tropa; 3º Que es deber del Pueblo y del Gobierno dar un noble

testimonio de su rectitud a este glorioso Ejército;—He venido en decretar y **Decreto:** 1º El Ejército vencedor en Ayacucho tendrá la denominación de Libertador del Perú, y los cuerpos llevarán en sus banderas esta misma inscripción; 2º Los cuerpos que los componen recibirán el sobrenombre de glorioso; 3º Los individuos que los componen, el título de benemérito en grado eminente; 4º En el campo de batalla de Ayacucho, se levantará una columna consagrada a la gloria de los vencedores. En la cima de esta columna se colocará el busto del benemérito General Antonio José de Sucre; y en ella se grabarán los nombres de los Generales, Jefes, Oficiales y Cuerpos, en el orden y preeminencia que les corresponde. La actitud del pueblo y del Gobierno se esforzará en prodigar la riqueza, el gusto y la propiedad en la elección de esta columna; 5º Un cuerpo de los de Colombia y el Perú, tomará el nombre de Ayacucho. Una Junta compuesta de Generales y Jefes de ambos Ejércitos, presidida por el General en Jefe Antonio José de Sucre, designará los cuerpos que deben recibir esta gloriosa recompensa; 6º El Ejército vencedor en Ayacucho, será inmediatamente ajustado y pagado; teniendo estos gastos la preferencia sobre todos los del Estado, aun cuando para ello tenga la Nación que contraer un nuevo empréstito; 7º Los individuos del Ejército vencedor, llevarán una medalla al pecho, pendiente de una cinta blanca y roja con esta inscripción: **Ayacucho.**—Los Generales, esmaltada en brillantes; los Jefes y Oficiales, de oro, y la tropa, de plata; 8º Los padres, mujeres e hijos de los muertos en Ayacucho gozarán el sueldo íntegro que correspondía a sus hijos, esposos y padres cuando vivían; 9º Los inválidos recibirán la misma recompensa de la anterior y además serán preferidos para los empleos civiles según sus aptitudes; 10º Se nombra al General Antonio José de Sucre, Gran Mariscal, con el sobrenombre de General Libertador

del Perú; 11º El Gobierno del Perú se encarga de interponer su mediación con el de Colombia, a fin de que se sirva prestar su consentimiento, para el efecto de las recompensas, que declara este decreto al Ejército de Colombia; 12º El Ministerio del Estado en los Departamentos de Guerra y Marina, queda encargado de la ejecución de este Decreto. Imprimase, publíquese y circúlese. Dado en el Palacio Dictatorial de Lima, a 27 de Diciembre de 1824.—**Simón Bolívar**".

**Decreto de Recompensas
a los vencedores de Junín y Ayacucho**

**El Senado y Cámara de Representantes
de la República de Colombia, reunidos en Congreso.**

Informados del glorioso éxito que ha obtenido el Ejército Libertador del Perú, dirigido por el Libertador Presidente de Colombia en las batallas memorables de Junín y Ayacucho, en los días 6 de Agosto y 9 de Diciembre de 1824, en las cuales se ha acreditado el Ejército de Colombia auxiliar del Perú, mandado por el intrépido y experto General Antonio José de Sucre, que era digno de la confianza que de él hizo la nación, encargándole la defensa y protección de sus hermanos del Perú;

y Considerando:

1º—Que este gran resultado que asegura para siempre la libertad de la América Meridional y la gloriosa reputación de las armas de Colombia, es

debido al genio del Libertador Presidente Simón Bolívar;

2º—Que la lealtad, constancia y valor del ejército colombiano, auxiliar del Perú en esta memorable campaña son un modelo de virtudes militares;

3º—Que es un deber del Congreso, como órgano de la gratitud nacional, conceder premios y recompensas a los que han hecho grandes servicios a la patria;

Decretan:

Art. 1º—Los honores del triunfo al Libertador Simón Bolívar, Presidente de Colombia, y al ejército auxiliar colombiano, vencedor en Junín y Ayacucho.

Unico. Luego que el Libertador Presidente de Colombia regrese con todo o alguna parte del ejército a la Capital provincial de la República, el Poder Ejecutivo designará el día en que deban recibir los honores del triunfo.

Art. 2º—El Poder Ejecutivo a nombre de la nación presentará al Libertador Presidente Simón Bolívar una medalla de platina de veintiocho líneas de diámetro, que contendrá en el anverso a la Victoria coronando al Genio de la Libertad con una corona de laureles: éste llevará en la mano izquierda las faces colombianas y en rededor de este emblema, la siguiente inscripción: "Junín y Ayacucho 6 de agosto y 9 de diciembre de 1824": en el reverso, una guirnalda formada por una rama de oliva y otra de laurel, y en el centro la siguiente inscripción: "A Simón Bolívar Libertador de Colombia y del Perú, el Congreso de Colombia: año de 1825".

Art. 3º—El Poder Ejecutivo hará acuñar la misma medalla en plata para distribuirla a las

municipalidades de la República, al museo y a las universidades y colegios, con el objeto de que se conserve siempre este testimonio auténtico de la gratitud nacional.

Art. 4º—El Poder Ejecutivo, a nombre del Congreso, presentará al General Antonio José de Sucre, una espada de oro con la siguiente inscripción: “El Congreso de Colombia al General Antonio José de Sucre, vencedor en Ayacucho el año de 1824”.

Art. 5º—Todos los individuos del ejército de Colombia que han hecho la campaña del Perú, serán condecorados con un escudo bordado sobre fondo rojo, de oro para los oficiales y de seda amarilla desde sargento abajo, con esta inscripción: “Junín y Ayacucho en el Perú”.

Art. 6º—Los cuerpos de toda arma de dicho ejército, añadirán a su denominación la de “Vencedor en el Perú”.

Art. 7º—El Libertador Presidente Simón Bolívar, presentará a nombre del Congreso los sentimientos de gratitud nacional al esforzado batallón Rifles, que antes quiso ser despedazado en su mayor parte, que ceder por un momento a la fuerza superior del enemigo el día 8 de diciembre en los campos de Huamanguilla.

Art. 8º—El Poder Ejecutivo señalará un día en el presente año en que será celebrado el triunfo de este ejército en todos los pueblos de la República con todo género de regocijos, y una fiesta religiosa, en que se tributen gracias al Altísimo, por la visible protección que ha dispensado a las armas defensoras de la libertad.

Art. 9º—El Poder Ejecutivo designará también otro día para que en todas las capitales se hagan funerales por los colombianos que murieron en la campaña del Perú.

Art. 10º—También dispondrá que este decreto sea registrado en todas las municipalidades, univer-

sidades, colegios, y en las oficinas de los estados mayores departamentales y divisionarios.

Art. 11º—Asimismo, librará del tesoro nacional y del fondo que estime conveniente las sumas necesarias para cumplir las disposiciones de este decreto con todo el decoro que corresponde a la dignidad nacional y al mérito eminente de los servidores de la patria que quiere recompensar.

Dado en Bogotá, a 11 de Febrero de 1825.—15º—
El Presidente del Senado.—Luis A. Baralt.—El
Presidente de la Cámara de Representantes.—Manuel
María Quijano.—El Secretario del Senado.—Antonio
José Caro.—El Diputado Secretario.—Vicente Castillo.

Palacio de Gobierno en Bogotá, a 12 de Febrero
de 1825.—15º—Ejecútese. Francisco de P. Santander.
Por S. E. el Vicepresidente de la República Encargado
del Poder Ejecutivo.—El Secretario de Marina y
Guerra, Pedro Briceño Méndez.

P E R U

El Congreso Constituyente del Perú, teniendo presente:

Primero: Que el Senado y Cámara de Representantes de la Nación Colombiana, tuvieron la generosidad de permitir que el Libertador viniese a encargarse de la salvación de su aliada y confederada del Perú, desprendiéndose del héroe que había libertado su patria, y cuya presencia es el consuelo de aquellos pueblos tan celosos de su independencia y libertad;

Segundo: Que a más de este extraordinario beneficio, decretaron poderosos auxilios para hacer la guerra a los enemigos de la libertad peruana.

Ha resuelto:

Primero: Se vote una acción de gracias al Senado y Cámara de Representantes de Colombia, en señal de reconocimiento a los servicios que ha hecho al Perú, con el permiso que dió al Libertador para que pudiera venir a encargarse de salvarlo y por los auxilios que decretaron con este mismo objeto;

Segundo: Estos sentimientos se transmitirán al Senado y Cámara de Representantes de Colombia, por la comisión que del seno del Congreso va a aquel estado para los demás fines que ha tenido a bien acordar.

Imprímase, publíquese y circúlese a quienes corresponda.

Dado en la sala del Congreso, en Lima, a diez de febrero de 1825.—6º.—**José María Galdeano**, Presidente.—**Joaquín Arresse**, Diputado Secretario.—**M. Ferreriros**, Diputado Secretario.

EL CONGRESO CONSTITUYENTE DEL PERU,

Considerando:

Cuanto debe la República al Libertador Presidente de Colombia, Encargado del Poder Dictatorial, en la grande obra de su total emancipación del yugo colonial;

Ha sancionado:

Primero: Que se vote a nombre de la República una acción de gracias a **Simón Bolívar**, padre y salvador del Perú;

Segundo: Que estos sentimientos se presenten al Libertador, por medio de una comisión del seno del Congreso.

Imprímase, publíquese y circúlese.

Dado en la sala del Congreso, en Lima, a diez de febrero de 1825.—6º—**José María Galdeano**, Presidente.—**Joaquín Arresse**, Diputado Secretario.—**M. Ferreriros**, Diputado Secretario.

EL CONGRESO CONSTITUYENTE DEL PERU,

Atendiendo:

Primero: A que la existencia y libertad de la República es debida a los heroicos sacrificios del Ejército Unido Libertador;

Segundo: A que los males de una lucha continuada durante catorce años han acabado para siempre con las memorables jornadas de **Junín** y **Ayacucho**, por la bravura, moral y disciplina del Ejército Libertador.

Ha acordado:

Primero: Se vote una acción de gracias al Ejército Unido Libertador, en testimonio de la señalada gratitud del Congreso a los autores de la libertad peruana;

Segundo: Que estos sentimientos se transmitan por el órgano de un Jefe del Perú, con cuyo único objeto se trasladará, sin demora, hasta el cuartel general.

Imprímase, publíquese y circúlese a quienes corresponda.

Dado en la sala del Congreso, en Lima, a diez de febrero de 1825.—6º—**José María Galdeano**, Presidente.—**Joaquín Arresse**, Diputado Secretario.—**M. Ferreriros**, Diputado Secretario.

EL CONGRESO CONSTITUYENTE DEL PERÚ.

Acta de la Sesión del 10 de Febrero de 1825.

Primero: A que la existencia y libertad de la República es debida a los heroicos sacrificios del Ejército Unido Libertador.

Segundo: A que el Perú ha alcanzado una libertad durante el gobierno de don Agustín Gamaral, siempre con las inmensas pérdidas de vidas y hacienda por la desastrosa guerra y disciplina del Ejército Libertador.

Acta de la Sesión del 11 de Febrero de 1825.

Primero: Es voto una acción de gracias al Ejército Unido Libertador en reconocimiento de la señalada yaltitud del Congreso a los señores de la libertad peruana.

Segundo: Que para consolidar la libertad por el órgano de un Jefe del Perú con cuyo título objeto se acordó, sin demora, para el efecto General.

Las Campañas de la Libertad

EL ULTIMO TORNEO

J. Armando Michelena



PARA el 9 de Diciembre de 1824 la libertad de las repúblicas Hispano Americanas era ya un hecho consumado. El juramento que el Genio de la América hiciera en el Monte Sacro se cristalizaba en Boyacá, y en Carabobo, y tomaba bajo el conjuro incontrastable de Bolívar, lineamientos de realidad indiscutible.

Restaba sólo dar los últimos toques a la obra más gigantesca de los tiempos; y en aquella fecha encontráronse de frente, en la llanura de Ayacucho, dos caballeros a la cabeza de sus huestes, prestos a librar combate. El uno llamábase Antonio José de Sucre, General de los Ejércitos Libertadores, el otro apellidábase La Serna, Virrey de España.

Una misma noble gallardía acreditaba las limpias ejecutorias de los contendores.

Horas antes del combate se estableció en la llanura una línea natural, y hasta ella se llegaron subalternos de Sucre y de La Serna, que departieron como amigos, antes de cruzar las armas.

Media hora más tarde el bravo Monet, a las órdenes de La Serna, adelantóse hacia los Libertadores. De las filas de éstos salió a su encuentro el General Córdova. "General, —dijo el primero—, ¡vamos a comenzar la batalla! Cuando ustedes quieran, respondió Córdova, esperamos hasta que Uds. rompan los fuegos".

De las nobles palabras transcritas trasciende una tan alta y tan pura manifestación de los sentimientos que animaban a aquellos hombres, que no puede menos que traer a la memoria la imagen de las antiguas justas donde hidalgos de alta estirpe y espolín de oro rompieron lanzas y saltaron yelmos en honor y defensa de su dama.

Sucre y La Serna hallábanse allí de frente, no esta vez por una dama, y sí por una idea que involucraba la libertad de un Continente: y el combate que había de librarse debía ser la firma definitiva en el Acta de Emancipación Americana.

Poco después las tropas realistas cedían ante el empuje de los libertadores, y el más joven de los Generales de la Independencia ascendía al más alto de los grados militares: El Virrey La Serna rendía la espada al Mariscal de Ayacucho.

"¡Gloria al vencedor! —exclamó La Serna— tendiendo la espada a Sucre".

"¡Honor al vencido! —respondió éste—, negándose a tomar la espada".

Insiste La Serna, y Sucre, pleno de cortesía y nobleza, le replica: "No, General, conservad vuestra espada!" y exige al primero vuelva a ceñir el glorioso acero.

Ante la brillante majestad de tan nobles hechos, y en presencia de nuestras modernas luchas en las cuales los tanques ciegan vidas a mansalva y las máquinas voladoras siembran la muerte sin previo aviso, la comparación de la aterradora barbarie de los nuevos combates con la emocionante gallardía que revistió el hecho de armas de Ayacucho, nos obliga a estimar la inmortal batalla como el último de los torneos caballerescos.

Las banderas de Ayacucho y
conquistadas por el Ejército del Perú

A. Torres Ballesteros



182 años han pasado desde que los grandes y
valerosos del brillante y
espíritu español conquistaron
en el Museo de la ciudad de Bogotá.
después de haber sido exhibidos en los
países y ciudades de América por el insuperable
valor de los héroes. Estas banderas por el
Ejército del Perú.

Con este valeroso espíritu de los héroes
que lucharon y con banderas gloriosas del Perú
de esos valerosos españoles que fueron caídos
pasaron en la batalla el prestigio de las armas de
la patria heroica del Perú.

X

Las banderas de Ayacucho y gracias concedidas por el Gobierno del Perú

J. Enrique Ribadeneira A.



SIEN años hace que los pendones y banderas del brillante y valeroso ejército español permanecen cautivos en el Museo de la ciudad de Bogotá, después de haber sido abatidas en los llanos y quebradas de Ayacucho por el imponderable valor de las huestes libertarias guiadas por el Genio guerrero del Mariscal Sucre.

Con este mutismo elocuente de las cosas sagradas, esos pendones y esas banderas hablarán del heroísmo de esos soldados españoles que durante catorce años pasearon en la América el prestigio de las armas de Castilla; hablarán del holocausto de esos bravos que

en los campos de Ayacucho regaron su sangre defendiendo aquello que creían de su pertenencia y que los hijos de Colombia reclamaron como propio.

Esas banderas inspiradoras de los actos más heroicos, a cuya sombra morían los soldados invocando las gloriosas tradiciones de la Madre España, cayeron humilladas por el arrojo de los valientes patriotas, y en dolorosa peregrinación fueron a convertirse en Bogotá en Capítulos de la Historia de la Libertad y en motivos de admiración para todos aquellos a quienes el Genio de Bolívar y de Sucre llevó a romper en Ayacucho el último lazo de esclavitud.

Sus límpidos colores que brillaron al sol y que infundieron en el alma de los españoles la fe en las victorias de 14 años, son ahora en el Museo de Bogotá como pálidos recuerdos de un poderío que se eclipsó; son dolorosos y mudos testigos del sacrificio de sus soldados, y testimonio elocuente de lo que pudieron el valor, el desinterés y el amor a la libertad de los hijos de Colombia.

Después de la Batalla de Ayacucho el Ejército auxiliar Libertador del Perú, por intermedio del Gran Mariscal Antonio José de Sucre, envió al Gobierno de Bogotá las banderas que por muchos años fueron la inspiración y el mágico conjuro que llevó a la victoria a los soldados de España. El Coronel Graduado Antonio Elizalde, fue el encargado de conducir y entregar esos valiosos trofeos, con el siguiente oficio:

“República de Colombia.— Ejército Auxiliar Libertador del Perú.— Cuartel General en Potosí, a 19 de Abril de 1825.— 15.— N^o 19.— Al señor Secretario de estado del despacho de la guerra.— Señor Secretario:— El señor Coronel Graduado don Antonio Elizalde Ayudante general del estado mayor general y Diputado del ejército para felicitar a S. E. el Vicepresidente por el feliz término de la campaña de las tropas coloniales en el Perú que han finalizado la guerra de la independencia, tendrá el honor de

presentar a S. E. el estandarte real de Castilla con que los españoles entraron a este rico país 300 años pasados. Este trofeo que el ejército presenta a S. E. en testimonio de respeto y de aprecio, recordará algún día a los hijos de los libertadores de que sus padres, penetrados de los deberes patrios y del sublime amor a la gloria, condujeron en triunfo a las armas de Colombia a las frías y eminentes cimas del Potosí”.

“También pondrá a los pies de S. E. los cuatro pendones españoles de las provincias del Alto Perú que formaban la insignia de vasallaje y esclavitud de estos pueblos a los descendientes de Fernando VI, y que hoy han recobrado su libertad y sus derechos por el valor, constancia y heroísmo de las legiones de la República”.

“A estos trofeos que el ejército tributa como resultados de sus trabajos al Gobierno de su Patria, añade el noble orgullo de asegurarle que han desaparecido los enemigos que oprimían la tierra de Manco-Cápac, y que desde Ayacucho a Tapizá se han humillado ante los libertadores veinticinco generales españoles, mil cien Jefes y Oficiales y dieciocho mil soldados en el campo de batalla, y en las guarniciones, y redimido del poder de los tiranos un terreno de cuatrocientas leguas y dos millones de habitantes que bendicen a Colombia por los bienes de la paz, de la libertad y de la victoria con que los ha favorecido.”

“El ejército espera que S. E. acoja con bondad los sentimientos de su entusiasmo nacional, y yo tengo la satisfacción de ser su órgano para manifestarlo.—Dios guarde a V. E. señor Secretario.—Antonio José de Sucre”.

“República de Colombia.—Secretaría de marina y guerra.—Sección central.—Palacio de Gobierno en Bogotá, a 6 de Junio de 1825.—15º—A S. E. el General en Jefe Antonio José de Sucre Comandante en Jefe del Ejército Auxiliar del Perú”.

“Desde que el Poder Ejecutivo recibió los importantes avisos que contenía la relación de los gloriosos sucesos de las armas de la libertad en Ayacucho, encargó muy encarecidamente el Libertador Presidente de la República presentase al ejército vencedor y a V. E. los sentimientos de su admiración y gratitud por los eminentes servicios que habían prestado a la causa americana en el Perú.

Ningún órgano más digno ni más apreciable al ejército que el de S. E. el Libertador podía haber elegido al Poder Ejecutivo para manifestar elocuentemente las impresiones que había recibido el Gobierno y toda la República al oír los detalles del glorioso triunfo de Ayacucho. Después de que S. E. el Libertador ha expresado sus sentimientos al Ejército y a V. E. que tan heroicamente lo llevó al campo. Después de que el Congreso peruano les ha prodigado tantos y tan justos homenajes de reconocimiento y después en fin que el Congreso de Colombia ha consignado recuerdos y recompensas satisfactorias al mérito y servicios de los vencedores en Junín y Ayacucho, el Poder Ejecutivo nada puede añadir nuevo ni bastante para expresar su satisfacción y regocijo”.

“El Excmo. señor Vicepresidente de la República encargado del Gobierno acepta en nombre de ella con júbilo incapaz de ser explicado las cinco banderas españolas que V. E. le ofrece en señal de la obediencia y estimación del ejército. Estas banderas se conservarán en un lugar público para que a su vista los Colombianos a quienes ellas pertenecen ya, se trasladen con la imaginación a los afortunados campos de Ayacucho y sean testigos del heroísmo del ejército de sus compatriotas, de la sabiduría con que V. E. le puso a la puerta del templo de la inmortalidad y de los esfuerzos siempre heroicos y siempre magnánimos del Libertador Presidente por la causa de los pueblos y por el honor de Colombia”.

“El Poder Ejecutivo aprecia altamente esta señal de obediencia que el ejército por conducto de V. E. le ha presentado, y que seguramente será para los futuros guerreros de Colombia el signo de reunión para sostener las instituciones de la República, para defender los derechos del ciudadano y para conservar la independencia política de la Nación. Nada hay, señor General, comparable a la gloria que resulta de consagrarse un ejército a emplear sus esfuerzos por estos tan caros objetos; y si la gloria de V. E. y del ejército vencedor en el Perú es brillante por haber destruido un ejército enemigo que por 14 años había triunfado de las armas independientes, todavía realza más su brillo al vérselo sosteniendo el código de los derechos del hombre, y deponiendo sus laureles, su audacia y su gloria misma a los pies de la ley”.

“Presente V. E. al ejército colombiano de su mando estos sentimientos de parte del Excmo. señor Vicepresidente de la República de cuya expresa orden me ha sido altamente honroso y satisfactorio manifestárselos a V. E. y de la mía ofrezco a V. E. los sentimientos de la mayor consideración y admiración.—Dios guarde a V. E.—Pedro Gual”.

Las nueve medallas de oro de que ha podido disponer el Poder Ejecutivo en nombre del Gobierno del Perú, se han presentado a los señores: General Ignacio Torres, Intendente y Comandante General del Azuay; y al benemérito Coronel **Juan José Flores**, Comandante General del Ecuador; al General en Jefe benemérito José Francisco Bermúdez, Comandante General del Orinoco; al General en Jefe benemérito Rafael Urdaneta, Comandante General del Zulia; al Dr. Félix Restrepo, miembro del Consejo del Gobierno; al General Pedro Briceño Méndez, último Secretario de la Guerra; al General José Padilla, Comandante General del tercer departamento de Marina; y al benemérito Coronel Diego Ibarra; todos

los cuales han cooperado al apresto y envío de los auxilios al Perú.

El Comandante General del Istmo, General Carreño; el Comandante General de Guayaquil, General Castillo; y el Intendente del Ecuador, han recibido dichas medallas directamente del Gobierno del Perú.

De las medallas de plata el Poder Ejecutivo ha presentado al Congreso en nombre del Gobierno del Perú un número correspondiente de ellas.

Se han remitido igualmente las correspondientes a 34 colegios, universidades y casas de educación establecidas en la República, a las Municipalidades de las capitales de las 36 provincias y al Museo Nacional.

(Gaceta de Colombia.—Bogotá, Domingo 23 de Abril de 1826.—16º) ¿Qué se habrán hecho esas medallas? ¿En cuyo poder reposarán esos testimonios elocuentes de la gratitud de un pueblo que hubo necesidad del titánico esfuerzo de Bolívar y de la generosidad de los hijos de Colombia para entrar por la ancha puerta de la Victoria al campo de las Naciones libres?

Si fuera dable al patriotismo, poder recoger esas medallas que hace cien años fueron la exteriorización del reconocimiento y gratitud que por el triunfo de Ayacucho palpité en el alma de los hijos del Imperio del Sol; si fuera dable, repetimos, con cuánta veneración depositaríamos, en ellas un ósculo de ardiente amor y de admiración; pues dignos de amor y admiración son aquellos hombres superiores que con Bolívar y Sucre, no contentos con haber dado libertad a la tierra que les vió nacer, con sed de gloria para Colombia y empujados por el amor a sus hermanos, prestaron el contingente de su sangre, de su arrojo y de su entusiasmo para hacer brillar en tierras del Perú el sol de los libres.

S u c r e

Por C. Martín A.



UCRE es, sin duda alguna, después de Bolívar, la figura más culminante de la Guerra de la Independencia. De claro talento, de gran perseverancia, austero en sus costumbres, de indomable carácter, desinteresado hasta el extremo, leal a toda prueba, no se ensoberbeció con los triunfos ni se abatió con los reveses. Fue el Bayardo americano, el verdadero caballero "sin miedo y sin tacha". Bolívar, refiriéndose a Sucre, le dijo una ocasión a O'Leary: "Es uno de los mejores soldados del Ejército; reúne los conocimientos profesionales de Soublotte, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salom; por extraño que parezca, no se le conoce ni se sospechan sus aptitudes. Estoy resuelto a sacarle a luz,

persuadido que algún día me rivalizará". Superó a Aníbal como conductor de tropas, fue más activo que Atila para las rápidas marchas, más enérgico que Ovidio Casio para mantener la disciplina, más estratega que César y más virtuoso que Probo.

Fue, bajo todo concepto, un soldado digno de la causa que defendía: la Independencia de un Continente. Su espada no la habría desenvainado nunca para destruir los pueblos, ni para avasallarlos, ni para someterlos, ni para humillarlos, a usanza de los antiguos y modernos conquistadores, de cuyas hazañas están llenas las páginas de la Historia, y cuyos hechos, vistos imparcialmente, no han producido bien alguno a la humanidad y no constituyen más que un atentado contra la Libertad, una usurpación a mano armada y un castigo para las naciones.

Sus ideales fueron grandes, como grande era su alma de héroe y mártir; todo lo sacrificó por ellos, siguiendo el bello ejemplo de su Jefe y amigo el **Gran Bolívar**; fue un predestinado de la gloria. Combatió con denuedo por la libertad y por el derecho; contribuyó poderosamente, con su talento y su espada a la obra magna del **Libertador**, con el desprendimiento más grande, y por esto lo asesinaron. Sus compatriotas, no le conocieron; fue como Bolívar, superior a su época, pero fue también indispensable para la Independencia: sin su contingente no se habrían grabado en las páginas de nuestra historia sus memorables acciones de Yaguachi, Pichincha y Ayacucho. Otras pudieron haber sido las modalidades de esa lucha; otros los campos de batalla, otros los héroes, pero, talvez, no hubiéramos sido herederos de tanta gloria.

Grande bajo todo concepto, nunca desmayó en sus propósitos. Derrotado en Huachi, da a conocer el gran temple de su alma, hecha para la adversidad y para la lucha; no se arredra por el fracaso: levanta un nuevo ejército y triunfa en Riobamba y en

Pichincha. Vencedor en Ayacucho, no se envanece por tan espléndida victoria: extiende la mano al vencido, lo ensalza, y suscribe luego la capitulación más honrosa y más humana de los pasados y presentes tiempos, allí mismo, en el campo de batalla, que fue testigo del valor de vencedores y vencidos.

Generoso y noble por excelencia, perdona a los amotinados que destrozaron a balazos su brazo en Chuquisaca, y, al haberle quedado vida, habrían sido también de perdón sus últimas palabras, en la tenebrosa y aleve asechanza de Berruecos.

Virtuoso y patriota sin afectación, sentía más que propios los dolores de la Patria, y al haber sobrevivido a la sección de la Gran Colombia, llevada a cabo por las ambiciones que se desataron incontenibles, habría probablemente imitado a Catón, apurando la cicuta, al ver que habían desaparecido de Roma las cívicas virtudes.

Como soldado, como gobernante, como legislador, Sucre dió a conocer dotes especiales, que cual fragantes violetas se ocultaban bajo el frondoso follaje de su ingénita modestia.

Sucre fue el fundador de nuestro Ejército; él inculcó en nuestros incipientes soldados las virtudes de la disciplina y el valor; él los guió en sus primeras campañas, a su lado recibieron el bautismo de fuego y de sangre, y su espada redentora les trazó el derrotero de la Gloria.

Su nombre venerando grabado está en el corazón de los ecuatorianos y es pronunciado con filial cariño, con religioso respeto, tal como se miran sus cenizas que reposan cerca del heráldico solar donde formó su familia, en esta Ciudad, que fue para el héroe su segunda patria.

S U M A R I O

<p>El 24 de Mayo: Discurso de Orden pronunciado en la Sesión Solemne del I. Concejo, conmemorativa del CXXXIX Aniversario de la Batalla de Pichincha, por el señor Vicepresidente del Cabildo, Dr. Leonardo Cornejo Sánchez</p>	1
<p>Palabras del señor Alcalde de Quito, Doctor Julio Moreno Espinosa, en la Sesión Solemne del Ilustre Concejo, conmemorativa de la Batalla de Tarqui</p>	1
<p>Sesión Solemne del I. Concejo de Quito, en la Sala Capitular de San Agustín, el 15 de Febrero de 1961, cuando el Sr. Alcalde, Doctor Julio Moreno Espinosa, hizo la entrega al Dr. Jesús María Yépez, de la Condecoración de la Orden Sebastián de Benalcázar, en el Grado de "Gran Cruz", por la defensa que este Ilustre Internacionalista colombiano hiciera de los derechos del Ecuador en el Río Amazonas.</p>	
<p>Palabras del Sr. Alcalde, Dr. Julio Moreno Espinosa El Doctor Jesús María Yépez agradece al Sr. Alcalde de Quito, por la Condecoración que le concediera el I. Concejo</p>	9
<p>Entrega del Premio "Tobar", en la Sesión del Ilustre Concejo de Quito, de 19 de Enero de 1961.</p>	15
<p>Palabras del señor Alcalde de Quito, Doctor Julio Moreno Espinosa</p>	21
<p>El Sr. Jorge Carrera Andrade, agradece el galardón</p>	26
<p>Palabras del Doctor Francisco Ochoa Ortiz, otro de los galardonados con el Premio Tobar</p>	33
<p>El Tricolor Nacional Ecuatoriano: Historia — Significación Origen</p>	37
<p>Washington y Bolívar.—Juan Montalvo</p>	59
<p>Berruecos: 4 de Junio de 1830.—Federico González Suárez</p>	63
<p>El General Don Antonio Morales Galavis.—Julio Tobar Donoso</p>	69
<p>Bolívar y Olmedo en Quito.—Cristóbal de Gangotena y Jijón</p>	79
<p>Tanizahua: El Cura Benavides.—La cabeza insepulta del Coronel García.—Celiano Monge</p>	85
<p>La Segunda Revolución de Quito del año 1810.—Dr. José Gabriel Navarro</p>	93
<p>El Batallón Numancia.—Carlos A. Vivanco</p>	127
<p>Sucre Militar</p>	172
<p>Los preliminares de Pichincha: la Batalla de Tapi, 21 de abril de 1822.—C. de Gangotena y Jijón</p>	183
<p>El General Sucre en marcha.—Coronel Rafael A. Puente</p>	193
<p>Partes de la Victoria de Ibarra: Circular a los Intendentes de Quito y Guayaquil</p>	202
<p>De Junín al Condorcunca.—General Angel Isaac Chiriboga. Documentos anexos: partes, capitulación, etc.</p>	208
<p>Las Campañas de la Libertad: El último torneo.—J. Armando Michelena</p>	273
<p>Las Banderas de Ayacucho y gracias concedidas por el Gobierno del Perú.—J. Enrique Ribadeneira A...</p>	276
<p>Sucre.—C. Martín A.</p>	282

Si Ud. conserva manuscritos inéditos de valor histórico, hágalos conocer por medio de las páginas de "MUSEO HISTORICO".

Si Ud. los obsequia al Museo de Historia de la Ciudad, hará obra de verdadero patriotismo y constará en la nómina de sus benefactores.

El pasado es el maestro del porvenir.
Pueblo sin Historia es pueblo anónimo.

Para todo lo relacionado con este
Boletín y Publicaciones Históricas
del Concejo Capitalino, diríjase
al Director del Museo de Historia
de la Ciudad de Quito,

Señor Jorge A. Garcés G.
QUITO - ECUADOR

Apartado Postal Núm. 3054